

Artículo 3º El Gobierno queda ampliamente facultado para efectuar todas las operaciones presupuestales necesarias, a fin de dar cumplimiento a este Decreto, el cual rige desde la fecha de su expedición.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Bogotá a 22 de diciembre de 1953.

Teniente General GUSTAVO ROJAS PINILLA

El Ministro de Gobierno, LUCIO PABON NUÑEZ — El Ministro de Relaciones Exteriores, EVARISTO SOURDIS — El Ministro de Justicia, ANTONIO ESCOBAR CAMARGO. El Ministro de Hacienda y Crédito Público, CARLOS VILLAVECES — El Ministro de Guerra, Brigadier General GUSTAVO BERRIO — El Ministro de Agricultura, Brigadier General ARTURO CHARY — El Ministro del Trabajo, AURELIO CAICEDO AYERBE. El Ministro de Salud Pública, BERNARDO HENAO MEJIA — El Ministro de Fomento, ALFREDO RIVERA VALDERRAMA — El Ministro de Minas y Petróleos, PEDRO NEL RUEDA URIBE — El Ministro de Educación Nacional, MANUEL MOSQUERA GARCES. El Ministro de Comunicaciones, Coronel MANUEL AGUDELO — El Ministro de Obras Públicas, SANTIAGO TRUJILLO GOMEZ.

DISCURSOS

Texto del discurso con que el M. I. Señor Rector Monseñor José Vicente Castro Silva, ofreció el homenaje al Excelentísimo Señor Presidente de la República Teniente General Gustavo Rojas Pinilla Patrono del Colegio, al condecorarlo con la Cruz de Calatrava como Colegial Honorario.

Excelentísimo Señor Presidente de la República,

Patrono del Colegio:

Digno de perpetua y gratísima memoria para el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario será este día en que os habeis dignado, Excelentísimo Señor Presidente y Patrono, honrarnos con vuestra presencia y hacer patente, una vez más, el aprecio que otorgais a las labores de la educación y el interés que os merece la obra del Arzobispo Fray Cristóbal de Torres, acreditada ante la majestad de la patria más que por tres siglos de existencia, por el número y condición egregia de los servidores que le ha dado.

La mente de Fray Cristóbal recogida y concentrada por espacio de trescientos años en el sacro recinto del Claustro bogotano, le dio el sér de “Cuna de la República” porque sembró en sus hijos y alumnos el alto sentir de la persona humana y la noción augusta de la soberanía nacional De esa “Alma Mater”, de ese troquel bendito que no han conocido reposo en la tarea de modelar “ilustradores de la República” salieron Mutis y Caldas, creadores de ciencia redentora, D’ Elhuyart, Cabal y Girardot y los otros innumerables héroes que escribieron con sangre el martirologio de la libertad, Camilo Torres y Caycedo y los demás que dejaron las aflicciones del presidio y las soledades del destierro para tornar a sentarse en las Cátedras del Rosario y proseguir la empresa de organizar la República.

Y hoy, al cabo de trescientos años de fundado, el Colegio del Rosario subsiste. De que vive y subsiste, de que, a lo menos, trata de no olvidar su historia y de perseverar en el empeño de formar ciudadanos dignos de impulsar la grandeza de Colombia, da testimonio esta fábrica, germinación moderna y prolongación vital del espíritu que se alberga en el Claustro santafereño y legendario.

¡Ah, Excelentísimo Señor!... este recinto que se ufana hoy de acogeros respetuosamente no es sino la primera etapa de tres que formarán el Colegio que se ha ideado. Yo convengo en que tan vasto propósito pa-

rece tocado de ambición, pero ¿cómo habría sido posible que los Honrables señores Consiliarios, a quienes reconocemos por autores de esta obra, identificados como están con las tradiciones rosaristas, hubieran pensado en algo menos generoso y espléndido? No, aquí no hay ambición sino anhelo ferviente de reproducir en 1953 lo que hizo en 1653 Fray Cristóbal de Torres. Así como él lanzó entonces a los mares del porvenir la nave de su pensamiento educador que fue el Colegio, y no excusó gasto ni economizó riqueza para que saliese con máximos arreos de hermosura colonial y de capacidad desusada, así ahora tratamos de aparejar hacia el futuro con otra nave que no desdiga de la original merced al decoro de las líneas técnicas, sugeridas por la nobleza de la destinación.

Pero advertamos bien que la adopción de estas formas nuevas no es obstáculo sino aliciente para que el viejo y perdurable espíritu rosarista se mantenga y prospere, con el favor de Dios, porque dícelo así Santo Tomás de Aquino: "Conviene suministrarle al espíritu los mejores medios materiales para que le sirvan de instrumento exacto y fino ya que es ordenamiento de la Divinidad que el espíritu domine y transfigure la materia".

¡Formas nuevas!... ¡materia acondicionada para albergar ideales sempiternos!... ¡estructura celosamente edificada para que en ella se aposente la intangible idea de Fray Cristóbal!... Permitid, Excelentísimo Señor, que os muestre lo que mis ojos no han de ver: esta fábrica concluida tal como la diseñó la razón arquitectónica de los constructores para servicios de la juventud y para decoro de la ciudad. Bendiga Dios su diligencia y su pericia. Otro día ha de coronarse la obra: tres tantos más de lo que se ha hecho campearán ante estos horizontes y se mostrarán como santuario de la sabiduría católica y romana que es principio de vida; de la Virgen del Rosario, la "Bordadita", que no consentirá jamás en que se disuelva su hogar y se dispersen huérfanos sus hijos; de las Constituciones nuestras fundadas en la libertad cristiana que es inmortal; de la doctrina de Santo Tomás de Aquino, "el más sabio entre los santos y el más santo entre los sabios", que definió la ley "ordenamiento racional", que santificó el derecho y glorificó la razón humana apellidándola "participación de la lumbre divina".

Así lo pretendió Fray Cristóbal de Torres en sus días y para lograrlo, siendo él humildísimo, se abrazó con la magnificencia. Trescientos años después quisiéramos tenerla para continuar sus destinos. ¡Que Dios Omnipotente y la "Bordadita" nos la otorguen!...

Y quien no mirará confiadamente el tiempo venidero, cuando en el presente y el pasado se nos ofrecen tantos motivos de esperanza? Reciba aquí el Gobierno Nacional público y solemne testimonio de gratitud por el cuantioso auxilio que, sumado a los únicos recursos de que disponía el Colegio, permitieron comenzar esta edificación y traerla al estado presente. Sin este favor, insigne de verdad, ni esto que veis, ni la instauración a lo antiguo del Colegio príncipe, serían hoy otra cosa que una fantasía acariciada muchas veces y otras tantas desvanecida en la inconsistencia de los sueños. "Nova et Vetera": lo antiguo y lo nuevo, ha sido el lema evangélico del Rosario, y si hoy está verificándose a nuestra vista, si mañana logra realizarse con la necesaria plenitud, sea el mérito condigno

para el Excelentísimo Señor Patrono en quien las Constituciones reconocen una providente tutela del Colegio, y para los señores Ministros de Educación Nacional y de Hacienda, ejecutores celosos de la solicitud patronal.

A ella ha correspondido siempre el Colegio Mayor con su fidelidad a la República. Aparece este nombre trazado por la mano présaga de Fray Cristóbal en las Constituciones, y quisiéramos que su idea presidiera las actividades rosaristas para que, después de Dios principio de toda sabiduría, fuera ella el norte y el imán y la estrella orientadora de la juventud. ¡Oh Colegio del Rosario, ungido en tus comienzos por la suprema oración del Arzobispo: de tí espera la patria que la hagas conocer amorosamente y desde las primeras lecciones geográficas, como privilegiada porción del Universo, y que guíes las manos inexpertas de la infancia para que trascen sus contornos y límites que otrora defendieron tus hijos con brazo de héroes y corazón de próceres. A tí te corresponde desentrañar los fastos de la patria historia para que se entienda a qué nos obliga la condición de herederos y continuadores de una inmensa prosapia que hizo blasón de la inteligencia y del denuedo. A tí el animar la aridez de las lecciones matemáticas con el pensamiento de que habrán de emplearse en computar y distribuir atinadamente los bienes y riquezas que las industrias propias del país recojan como recompensa del trabajo. A tí el estimar en los vaivenes seculares de la humanidad lo que unas veces la empujó por sendas de gloria y lo que otras veces la arrojó en sombras de muerte, para deducir enseñanza y alcanzar experiencia que acá dentro nos preserven. A tí el observar y medir el juego incesante de las fuerzas físicas para rastrear siquiera las aplicaciones que puedan dárseles en la palestra anchurosa del suelo patrio. A tí el enseñar la elegancia y nervio del idioma nuestro, órgano y vehículo de un acorde soberano en que deben fundirse la verdad y el sentimiento universales con las más sutiles modalidades del alma colombiana. A tí el hacer de la enseñanza secundaria un crisol donde todo lo que se aprende y todo lo que se practica, caldeado por el amor a la República e inspirado por ella les dé a los jóvenes, junto con el temor de Dios, el sello y temple inconfundible de los grandes ciudadanos! A tí, en fin, y como peculiar atributo la enseñanza y veneración del Derecho, que no es por cierto, vergonzante y menguada jurisprudencia, sino sacerdocio trascendental de la justicia que hace a las naciones inmovibles, a las sociedades honradas y a los individuos virtuosos.

Y todo esto, Excelentísimo señor, fue lo que Fray Cristóbal de Torres condensó en la frase liminar de sus Constituciones: "El Colegio Mayor es congregación de personas mayores para sacar en ellas ilustradores de la República con sus grandes letras y con los puestos que merecerán con ellas, siendo en todo el dechado del culto divino y de las buenas costumbres conforme al estado de su profesión".

Excelentísimo Señor Presidente y Patrono:

Como recuerdo de este día, permitid que el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario os ofrezca la histórica insignia de la Cruz de Calatrava que es la más alta presea de que dispone. Nuestros más insignes patricios la llevaron, y al ponerla respetuosamente en vuestras manos, ponemos con ella el compromiso de ser fieles a estos dos amores sustanciales: **Dios y la Patria.**

Texto del discurso pronunciado por el Excelentísimo Señor Presidente de la República Teniente General Gustavo Rojas Pinilla, Patrono del Colegio al ser condecorado con la Cruz de Calatrava como Colegial Honorario en el homenaje que se le tributó con motivo de la inauguración del nuevo edificio.

Muy ilustre señor Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario:

Para el Presidente de la República, cuya posición le otorga el título de Patrono del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, es motivo de especial complacencia asistir a la conmemoración del tercer centenario de la fundación de este claustro, vinculado de tal modo a la historia de Colombia, que la evocación de las glorias y grandezas de sus hijos hace volver los ojos a este recinto del saber, donde se labraron firmes caracteres, se fortalecieron para la lucha por la emancipación próceres egregios y se le ha dado a la juventud en todos los instantes una clara conciencia de sus deberes para con Dios y para con la Patria.

SEMILLERO DE SABER Y VIRTUD

El número y la excelencia de quienes colmaron en este Colegio sus ansias de sabiduría y los méritos que poseen a la gratitud colectiva, por la abnegación, entereza y decisión con que supieron inmolarse por la causa de la libertad y de la justicia, confirman el veredicto nacional de que estas aulas han sido semillero de saber y de virtud, escuela de insignes ciudadanos, solar de nobles decisiones patrióticas, "troquel bendito —como bien lo habeis afirmado, señor Rector— que no ha conocido reposo en la tarea de modelar ilustradores de la República".

Pero esa tarea no se limitó, con ser tan extremada la obra y tan altas y perdurables sus consecuencias, a estimular a quienes habían de llevar a cabo la empresa sin segundo de cooperar a la emancipación, y de formar la conciencia nacional en principios de equidad, de culto al derecho, de desinterés en el servicio del Estado, de consagración sin límites al bienestar de la comunidad, sino que se prolonga en los tiempos actuales adiestrando generaciones que son decoro del país y continuadores fieles de aquella estirpe ejemplar.

HISTORIA EDIFICANTE

Desde este punto de vista, la historia de este Colegio Mayor constituye episodio edificante de la crónica nativa y motivo de auténtico orgullo para los buenos ciudadanos. Sin alterar el sentido de sus enseñanzas, sin

más innovaciones que las aconsejadas en el correr de los tiempos a las reglas que hace tres siglos le diera su fundador, y manteniéndose leal a las tradiciones de gloria que desde el principio señalaron su acción, estos claustros pueden proclamar con legítima ufanía que sus servicios a Colombia se miden lo mismo que el número de años, que le dan un sello venerable, que por el linaje de quienes salieron de aquí para dar testimonio del vigor y excelencia de las lecciones recibidas.

FIDELIDAD A LOS PROGENITORES

Que mayor gloria para el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario que advertir como se ha dilatado su monarquía espiritual y se multiplican sus títulos a la admiración ciudadana, trascurridos trescientos años desde el día en que naciera a la vida de la cultura para ejercitar el magisterio incomparable de engendrar una posterioridad que ha llevado luz a todos los empeños a que ha vinculado su actividad y en que ha hecho sentir su bienhechor influjo? Ya habeis señalado, señor Rector, con la donosura literaria que es peculiar de vuestra pluma y con la cristiana sabiduría que os da categoría especial entre los ilustres eclesiásticos de Colombia, los motivos esenciales de esa constante fecundidad, razón de ser de su influencia. Es que cuando se colocan a Dios y a la Patria en la cima de las preocupaciones intelectuales de un instituto; cuando al abrigo del temor de Aquel que es principio de sabiduría, y de amor a ésta que es fuente de renunciamento, se adelanta la empresa de adoctrinar a la juventud y a la niñez, y esos saludables estímulos prenden en el corazón de quienes dirigen y germinan en el alma de quienes reciben su enseñanza, entonces se efectúa esa especie de milagro histórico que garantiza con la fidelidad a los progenitores, la confianza en el presente y la seguridad de que el futuro corresponderá a solicitud tan generosa.

CONCIENCIA DE UNA MISION NACIONAL

Es así como este Colegio Mayor ha podido atravesar épocas difíciles, vivir días de angustia y de preocupación, y ha sabido sobreponerse a tamaños obstáculos y reanudar su marcha con energías renovadas y con una conciencia más despierta de su misión nacional. El esplendor material de estas nuevas construcciones llamadas a ofrecer amplio albergue a las juventudes colombianas; el espíritu de solidaridad que establece vinculaciones fraternales, no solo entre quienes pueden proclamarse sus hijos, sino entre todos cuantos conozcan su historia y hayan sido testigos de sus glorias; el alborozo con que la Patria entera asiste a estas fiestas centenarias, están proclamando, señor Rector, como la jerarquía intelectual de estos claustros ni se mudan con el tiempo, ni declina en su influencia, ni se debilita en sus resultados bienhechores.

Para el Gobierno que presido, nada tan grato como participar en esta efemérides de la cultura y del patriotismo, y nada tan satisfactorio como haber podido contribuir, con su apoyo espiritual y económico, a la mejora material de esta fábrica pedagógica. Con ello apenas da testimonio de su amor a la República, amor que se demuestra no sólo trabajando sin descanso por conseguir la reconciliación ciudadana, el reinado de la concordia

entre sus habitantes, el predominio del derecho en las relaciones colectivas, la primacía de la justicia en todos los ámbitos del país, sino rindiendo tributo de reconocimiento a centros que, como este Colegio del Rosario, han sido y siguen siendo aposentos de nuestra más genuina grandeza.

Y para que nada falte en esa tradición de hidalguía caballeresca, que es proverbial en estos claustros, habeis querido, señor Rector, poner en mis manos la insignia de Calatrava, cruz blasonada que ha decorado el pecho de sus hijos y que pregona la vieja nobleza de su abolengo espiritual. Llevarla constituye nueva causa de afecto por este instituto benemérito y timbre señalado en mi labor de gobernante y en mi vida de ciudadano.

Al instalar la sesión extraordinaria de la Asociación de Antiguos Alumnos Rosaristas, el Señor Rector dirigió a los asistentes las siguientes palabras.

Señores Rosaristas:

La innegable grandeza de nuestra historia pudiera parecer muy lejana... Pero en realidad está cerca. Vosotros Señores Alumnos sois el eslabón dignísimo que junta esa grandeza antigua con el día presente, y con el porvenir, y me atrevo a decir que representáis el cauce por donde vienen a nosotros los méritos y ejemplos de los hombres antiguos para continuar esta tradición que, como lo estamos viendo, ha sido y es de indecible resonancia en nuestra Patria.

Pudiera parecer que la época presente no es muy propicia al culto de las tradiciones. Quizá piensen algunos que la evocación de la antigüedad, de las ideas que la animaron y de los sucesos que la hicieron para siempre memorable, apenas son materia de investigaciones eruditas: habrá otros para quienes los años pretéritos guardan simbolismo de ruina, más no fecundidad de simiente: otros verán en los tiempos ya idos una mola de reminiscencias estériles que embaraza las vías del porvenir: otros, en fin desestiman las cosas remotas porque no se han parado a meditar en una ley universalísima según la cual el momento que de presente se vive depende más de lo pasado que de lo futuro, porque, querámoslo o nó, el pasado es una realidad que se perpetúa, y el futuro suele ser apenas una aspiración de consistencia problemática.

Todo pasado es interesante, a veces, como en nuestro caso, es también decisivo. Un raudal sorprendente de grandeza fluye de estos orígenes remotos; hombres y doctrinas, hazañas y virtudes se acumulan en un espacio de trescientos años, durante los cuales, y a través de muchas vicisitudes, contribuyó el Colegio al "engendramiento del alma nacional". Porque al influjo de las Constituciones características del Rosario, y bajo la tutela y patrocinio de la Religión, cuya cifra y emblema es la santa imagen de la Bordadita, se criaron tantos varones egregios cuya enumeración suena en los oídos de todo colombiano como una prodigiosa letanía de imperativos que nos impulsan de continuo a amar lo que ellos amaron, a engrandecer lo que ellos dejaron asentado, a preservar lo que ellos adquirieron y a realizar lo que ellos ambicionaron para el bien de la República.

Será inútil y vana esta rememoración de los años antiguos, de los grandes varones de quienes sois continuadores?... Será impertinente el propósito de exhibir ante la juventud de hoy y de mañana, la fe y los

empeños de las generaciones que nos precedieron aquí y de las cuales sois continuadores? Andará descaminado el Colegio Mayor al afirmar la educación y formación de las mentes nuevas sobre los cimientos primordiales del dogma católico y de los ejemplos que nos legaron los Padres de la Patria?... Hacer estas preguntas y averiguar el valor y autoridad de la tradición en la vida de un pueblo son cosas muy conexas. Y tengo por cierto que no hay entre vosotros una sola persona que quisiera ver roto el hilo de oro que nos une espiritual y cronológicamente con nuestros mayores, y pretendiera buscar "exclusivamente" en él la adivinación del porvenir las normas directrices de la existencia y del incremento patrios. Porque el futuro es de suyo rebelde a los cálculos y previsiones humanos, fértil en sorpresas desconcertantes y en reacciones insólitas, y para no ser víctimas de sus mudanzas subitáneas es menester equilibrar los anhelos legítimos y presurosos que provoca, con el caudal de fuerzas que paulatinamente se han juntado en la conciencia por obra y merced de la tradición. La suprema armonía del universo, esa que conserva el andar acompasado de los astros, esa que embelesaba el sentir de los griegos con números y acordes de trascendente música, esa que nos asegura la sucesión renovadora de la noche y del día, fundada está en la atracción que lo encadena todo a un centro propio, no menos que en el ímpetu que, abandonado a sí mismo, trastornaría las órbitas, y, destrenzando la mecánica de los cielos, precipitaría los mundos en confusión caótica. Así los pueblos y las instituciones, astros y planetas del sistema humano: así este Colegio Mayor, siempre enlazado con el sol de la Patria, no pueden producir la paz estable y próspera, ni el adoctrinamiento eficaz, ni la abnegación creadora, sino cuando las fuerzas que los convidan y urgen desde el seno ignoto del porvenir, estén racionalmente compensadas por las fuerzas que los unen con un centro robusto. Centro en que los antepasados destilaron lo más exquisito y acendrado de sus vidas para crear y precisar aquel tipo y semblanza peculiares, fruto de la unidad de pensamiento y de destino.

Por esto vuestra presencia nos hace invocar la tradición en este Colegio de Nuestra Señora del Rosario, material y moralmente compenetrado de memorias y ejemplos que no vacilo en apellidar centrales, por cuanto de ahí han procedido en no pequeña parte, muchas de las virtudes y atributos que cuando lleguen a su cabal florecimiento, habrán de constituir el carácter definido, el quilate de distinción, y la prerrogativa de personalidad que nos son indispensables.

Muy respetados señores antiguos alumnos:

Vuestra presencia en esta conmemoración tricentenaria es el más ilustre testimonio de que, debajo de todas las apariencias materiales, alienta y vive una idea que no perece y un pensamiento siempre activo. Y como los valores perpetuos tienen la eficacia de sublimar y fortalecer todos los legítimos ideales humanos, yo os saludo en nombre de aquel amor impercedero que todos vosotros conserváis: la "Bordadita". Su imagen devotísima y su culto perenne no son una mera reliquia de tiempos pretéritos, están, sí, anunciándonos con su antigüedad las virtudes tradicionales, y con su duración, la indestructible permanencia de toda verdad: están mostrándonos en el abrazo de la Madre Unica y del Hijo de Dios, la última cumbre del orden, de la unión y de la paz.

El Doctor Antonio Rocha, Colegial y Catedrático del Colegio pronunció el siguiente discurso en la sesión extraordinaria de la Asociación de Antiguos Alumnos verificada el día 18 de diciembre en el Aula Máxima.

Hace tres siglos justamente nació este instituto famoso de la mente de Fray Cristóbal de Torres, con sabiduría y acierto tales, que sólo un corazón profundo, un espíritu de suma elevación y un alma de intuiciones proféticas, asistida por la Providencia, era poderosa a infundirle vida perdurablemente fecunda. Quizás moraba en su sér la santidad, porque en la existencia y en la esencia del Real y Mayor Colegio de Nuestra Señora del Rosario se destacan con nitidez caracteres peculiares de lo milagroso: la perfección súbita, la intensísima carga de vida, la virtud infundidora de salud, la inagotable energía y la constancia de su acción redentora. Más aún: tengo para mí que este instituto Mayor es más que una corporación de tipo jurídico: es un sér viviente, social, una persona real y verdadera.

En el mundo se cumplen a veces hechos extraños. Como aquí. De pronto se conjugaron factores dispersos y dispares y crearon un organismo auténtico. Cuestión fue de una hora exacta, de un clima propicio, de un lugar geográfico, de una raza en sazón, de un impulso creador de la sangre, de instintos misioneros, de una estructura social en que coinciden la forma y el sentido de un hombre en quien se halló el impulso necesario para animar y armonizar, de un mandato de la Providencia que suscitó y acordó todo ello: y de allí un nuevo sér que llegó al mundo a cumplir una tarea fundamental y decisiva. O acaso fue también que los espíritus creadores se encarnaron en su obra y la siguieron sustentando y asistiendo más allá de la muerte.

El hecho es que el Colegio Mayor del Rosario, de manera tan honda se identifica con Colombia, que bien puede decirse que fue desde su nacimiento la plataforma de la nación y la matriz formativa de la República. Sin duda, desde la llegada de los conquistadores hasta 1653 fueron acumulándose los elementos substanciales de nuestra nacionalidad. Religión, lengua, sangre heroica, instituciones políticas, sentido del derecho; empero, esa primera etapa carecía de figura propia, de personalidad autónoma y auténtica, de "ser en sí y por sí", como dicen los filósofos: era aquella una vida fetal, de todo punto dependiente. No se había roto el vínculo con la madre España y nada había que fuera esencialmente nuestro. El 18 de diciembre de aquel año de gracia (1653) aflora al mundo histórico la nacionalidad colombiana, se constituye la patria y se inicia nuestra indepen-

dencia. Desde entonces la libertad, es decir, la exacta adecuación de la forma con el propio sino, germina y comienza su proceso de desarrollo; todavía pasarán ciento cincuenta años antes de que la conciencia patria lograra en plenitud y alcance su cabal contorno; pero en 1658 se había dado el salto de la nada a la vida y el alma patria comenzó a plasmarse su organismo.

No se diga que este parecer es meramente un juego de pensamientos y de afectos que, solícitos, se precipitan a la exaltación de esta noble Casa, orgullosamente amada por quienes somos parte y obra de ella. ¿Pues, cómo, de otro modo, explicaremos por acción portentosamente sostenida en tres centurias de ejercicios heroicos, y esta arcana concentración de la República en el Colegio Mayor?

Una sola y una misma es el alma de la nación y de esta Casa, estilizada en sus líneas y modos esenciales. Aquí mora la inteligencia especulativa como facultad cimera del espíritu: aquí se siente y se profesa que el Verbo es el principio de la Vida, el propio órgano de lo humano en el mundo y la forma culminante de la cultura; aquí se afirma que la palabra hace y contiene la substancia social, es el ministro de la belleza y el clímax del pensamiento; aquí se enseña, se profesa y se practica la virtud, en forma que para nosotros —rosaristas y colombianos—, siempre resulta verdadero aquello que esté expresado noblemente. Fe religiosa, sabiduría, arte, política, todo cuanto pueda ser memorable y famoso, ha de sustentarse sincera y lealmente en el alma, sin dudas, sin vacilaciones y expresarse en puras oraciones. Nuestra gloria y orgullo de los hechos y de los nombres capitales, siempre han descansado y descansarán en excelentísimos letrados que sepan agregarle al corazón la comunicación del espíritu. A semejanza de la Grecia clásica, es grande y prócer en Colombia, es obedecido y amado largamente por el pueblo, aquél que al corazón agregue el señorío del vocablo. Del insigne Córdova, más que la carga fulmínea, quedó en nosotros para ejemplo la frase vencedora. Y en este Claustro, trecientos años há, Tomás de Aquino, por boca de Cristóbal de Torres, dijo, como en el célebre poema de Valencia, esta sóla palabra: Jesucristo.

Y entre los “nombres de Cristo” que dijera Fray Luis o que expusiera óptimamente Tomás el Angélico, están las normas que han sido la finalidad de todas las disciplinas, de las tradiciones y los trabajos de cuantos han sido rosaristas: Dios, Patria, Concordia, Libertad. Hallarlos en nuestros corazones, descubrir su significado, propagarlo, ha sido, continúa siendo y será la función capital de este Colegio Mayor en Colombia. Por ésto desde sus principios se ha procurado en este Claustro el logro total de la persona humana mediante aquellas disciplinas del saber, de la inteligencia y del carácter que lleven a la conciencia y dignidad del hombre. Los actos epónimos y aun los que pasan inadvertidos de quien es parte de esta Casa, surgen prefigurados por esas nociones formadoras y decisivas. Con la visión genial del auténtico creador, ordenó Fray Cristóbal el Colegio conforme a las enseñanzas tomistas, a las virtudes caballerescas y a las humanidades. Siguiendo a Cristo, todo aquí es conducido con un afán de redención: se exalta la belleza, porque la belleza es exultante; se estudian las ciencias, porque la verdad es liberadora; se excitan los mil modos de ser del pensamiento porque pensando el espíritu se desata; se practica

la creencia que se tiene, porque la creencia estática es esclavizadora; se venera a la Virgen, en su imagen de la Bordadita porque élla cifra su sùmmum de la pureza, la belleza y la virtud; se dignifica a la Patria, porque de élla venimos, en élla somos y a élla siempre vamos.

La conciencia de la libertad, sustentada en la personalidad y en los instintos más hondamente extrañados de la vida, halla su expresión en la norma guiadora del Colegio, es a saber, la comprensión. Los estudios del derecho, por ejemplo, no son un mero hacinamiento de nociones o adquirir prácticas de magistratura rutinaria, sino disciplinas espirituales encaminadas a la comprensión de la esencia de un principio, de un fenómeno o de un sistema jurídicos. Y así en todos los campos del conocimiento los hechos y cuestiones sociales y políticas, o los filosóficos y naturales, la ciencia y la historia: todo es entre nosotros, rosaristas, motivo de pura comprensión. El saber comprensivo es aquí el modo de ser por excelencia. Somos cuanto comprendemos, y la realidad es para nosotros un estado afectivo anclado en lo profundo de la personalidad. Por ésto, la sabiduría tiene el carácter de virtud culminante, de potencia llegada al grado sumo de vigor. En la memoria del Colegio no cuentan sino aquellos hombres que fueron egregiamente verdaderos, los que supieron comprender apasionadamente. Esta es una escuela de claros varones auténticos. Así, al comprender los próceres que podía nacer de ellos una patria, sacrificaron, sin más, por ella cuanto eran y habían; los juristas, aún en litigios, actuaron en función de la equidad; sentenciaron los magistrados con justicia cristiana, al comprender que sus juicios afectarían a prójimos; el político pensó siempre en la nación, y los más altos jefes de partido se movieron al poder, a fin de llevar a la república a la plenitud de su potencia, mediante la concordia de las voluntades en lucha; los filósofos entendieron que un sólo pensamiento es un error, y abrieron de par en par la inteligencia a las más opuestas doctrinas, a todas las teorías que fueran lo bastante magnánimas como para llegar a ser reconciliables.

Hemos desatado en Colombia momentos convulsivos, en que se decide un pueblo a la cancelación o a la superación de su historia. Un colapso de su instinto vital, y la República hubiese caído a pico en el abismo de su disolución. Empero, este centro de fe vigilante, que sustenta la vida nacional, no falló nunca. Recordad para ejemplo estos últimos días de agitación popular, cuando el meridiano que marcaba la hora de nuestro destino, era como una cuchilla que amenazaba partir en dos la cultura lograda en siglos de libertad creadora. No hubo lugar en Colombia que no padeciese el impacto del huracán de furia, si no fue el Colegio Mayor, que permaneció sereno, exento de locura, afirmando en su tradición secular y prócer la vertical de equilibrio en que consiste el ser de la república. Llegado a punto de incandescencia, supo y pudo transmutar todo ese fuego en luz, que iluminó el camino ascensional de nuestra patria, y nos la mostró de nuevo esplendorosa, radiadora de energía ponderada, de ímpetu ceñido a normas de eterna vigencia.

Medito sobre mi vida transcurrida en estos nobilísimos claustros, en que cada piedra y sitio son concreciones de vidas fecundas y heroicas, y a la evocación del recuerdo surge el desfile de generaciones personificadas en maestros insignes. En el campo de la visión, dos de ellos se destacan

con tan poderosas líneas, que mi admiración no puede menos de nombrarlos. Por sucesivos y polares, los dos revelan y contienen la exacta pulsación vital del Colegio.

Tenía Monseñor Carrasquilla la figura dominadora, muy para su personalidad gigante, fortísima y centripeta. Al penetrar en el ámbito de su espíritu, giraba el sér de uno en una órbita inflexibles, impuesta por esa naturaleza nacida para ejercer dominio. Se sentía una alma sumamente robusta, nutrida de sustancias esenciales. Un gesto, una voz, un simple movimiento suyos descubrían al patricio. Estaba hecho para llevar consigo una patria, para alzar una creencia, para soportar una doctrina milenaria. Nada se le resistía: bastó que quisiera la palabra para alcanzar la más alta elocuencia. Pero esa personalidad exigente irradiaba tal afinidad comprensiva y era tanto su poder comunicante, que a la contracción que suscitaba su imperioso mandato se experimentaba la presencia de un sér bondadoso, nutricio y magnífico. Parecía estar diciendo siempre: "ésto ha de hacerse", pero lo que deseaba venía de verdades supremas y de modos de ser excelsos de la vida. Era grande su dignidad, justo su orgullo, porque sentía plenamente que llevaba consigo la sapiencia tomista, el respeto de un prelado creyentísimo y la existencia de una patria, adorada religiosamente. Todo el pasado histórico de la nación se mantenía íntegro en él. Era uno de los modos de ser de Colombia: Dios, Patria, Justicia, Tolerancia, Concordia y Libertad.

Nos ha tocado en suerte a los presentes educarnos e instruirnos —los demás con mayor provecho que yo—, bajo la orientación maravillosa de dos infatigables e ilustres varones que cifran y contienen magistralmente la historia y sentido del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Hay nombres, señores, el de Carrasquilla y Castro Silva, que encarnan un ideal, que llenan de orgullo los corazones, que guían la inteligencia y cifran la razón de ser de una vida, de una institución, de un país. Ellos han hecho del Colegio la Patria, de la Concordia una religión, de la Libertad una insignia. Varones preclaros, educan y enseñan con su sola presencia, con sus modales, con la edificante sugestión de sus virtudes. Graves y austeros, profundos pensados, príncipes de la sangre, señores de la elocuencia, son el alma del Claustro. Nunca estuvo el Destino de este Colegio en manos indignas, pero nunca tampoco alcanzó desde los tiempos de su fundador, la plenitud de su prestigio científico, del buen decir, del máximo decoro, como en este siglo, bajo la rectoría de quienes reinan en nuestro afecto y colman nuestro orgullo de colombianos.

Este día, cargado de significaciones admirables, está revelándonos un alto y exultante misterio: la continuidad de la vida en el tiempo, mediante la formación de un organismo viviente, dotado de una alma real por contribución de generaciones, orientadas por un mismo sentido y unos mismos valores. Cuantos estamos aquí congregados podemos atestiguar que este sér, a su vez, nos vivifica y nos infunde una ánima extrañamente conformadora de la propia nuéstra. Vengamos a este lugar para recuperar la libertad que se haya perdido o para mantenerla íntegra y en vigor si se hallare desfalleciente o en fuga. O para restaurar la verdad, si sentimos que nos envuelve el engaño, o que nuestro sér auténtico ha dado sitio a

ambiciones o a juicios insensatos. La República está en nosotros y también por nosotros. Que nuestra Patria, por nuestra fe y esfuerzo, aumente el esplendor y poderío de la naturaleza humana, dotada de infinitas potencias por estar ya redimida. Acaso con más orgullo y razón, podemos hacer nuéstra la célebre palabra: "por entre los arcos mudéjar, trescientos años nos contemplan". Desde Cristóbal de Torres hasta Monseñor Castro Silva, manos ilustísimas guían este Instituto en que Colombia se prefigura y sustenta. Tengamos vigilante conciencia de esta gracia que nos fue concedida providencialmente, y sentiremos que por nuestro espíritu discurre la Historia!



El doctor Héctor Julio Becerra, Colegial y Catedrático del Colegio se dirigió a los Rosaristas en la siguiente forma en el acto de descubrir las placas conmemorativas del tercer centenario.

Hoy hace exactamente trescientos años, según lo certifica y da fe y verdadero testimonio el escribano del Rey y Notario Público Nicolás Garzón Melgarejo, "se colocó" el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, que fundó el Ilustrísimo Señor y Maestro Don Fray Cristóbal de Torres, Predicador de las dos católicas Majestades Felipe III y IV, y Arzobispo de este Reino. Tal consta en documento notarial que ha servido para dejar fijada la verdadera fecha de la fundación del claustro rosarista, punto en que han errado notables investigadores, y cuya publicación por primera vez es mérito del consagrado historiador y Cronista del Colegio Don Guillermo Hernández de Alba, su Colegial Honorario y Catedrático.

Y a los trescientos años de la inauguración solemne de este benemérito instituto, es realmente admirable su ejemplar fidelidad al pensamiento del Fundador; el logro providencial de la profética definición estampada en las constituciones; el grandioso aporte del Colegio a la formación de la nacionalidad, a la gesta heroica de la independencia, a la consolidación de la República, al desarrollo cultural del país, a la religión, las ciencias, la filosofía, la jurisprudencia, las artes y la literatura; su eminente significación intelectual y moral, y, en fin, su gloriosa historia, honra de la Iglesia y orgullo de la patria.

Quiso el Arzobispo Fundador, y así lo consiguió en sus sabias constituciones, que este Colegio fuera "Seminario de la doctrina de Santo Tomás". Afortunada intuición que dio a su instituto una orientación filosófica que ha sido y será insuperable fundamento para el logro de sus destinos seculares.

Puede pensarse que la profunda fe religiosa de Fray Cristóbal de Torres; su encendido amor por las enseñanzas de la Iglesia; su ardiente deseo porque la cultura de este Nuevo Reino se formara al amparo de la ortodoxa filosofía tomista que por entonces ya había sido objeto de fervorosos elogios pontificios, y su lealtad con la orden de Santo Domingo depositaria de las enseñanzas del Angélico Doctor, lo llevaran a consignar en sus constituciones tan importante precepto.

Pero cuánta significación para los años venideros y qué ocultas e incalculables energías para la formación de una grande y cristiana república se encerraban en aquel inspirado mandato constitucional.

Se puede afirmar que el Ilustre Arzobispo se anticipó en más de dos siglos al pensamiento oficial de la Iglesia que en 1879, por boca de un

gran pontífice, proclama las excelencias de la filosofía tomista, exhorta con todas sus fuerzas a que, para honor y defensa de la fe católica, para bien de la sociedad y para el progreso de todas las ciencias, se restablezca y propague con toda la posible latitud, la áurea ciencia de Santo Tomás, lo declara el doctor de la Iglesia y exige que todo estudio de filosofía católica se base en las doctrinas de este espíritu, el más grande de la Edad Media. Al año siguiente, el mismo León XIII coloca bajo el patrocinio de Tomás de Aquino "las Universidades, Academias, Facultades y Escuelas Católicas", y con esta ocasión exclama: "La doctrina de Santo Tomás es tan vasta que contiene, a modo de un mar, toda la sabiduría procedente de los antiguos, cuanto de verdadero se ha dicho, cuanto ha sido sabiamente discutido por los filósofos paganos, por los padres y doctores de la Iglesia, por los hombres eminentes que antes de él florecieron, no solamente lo ha conocido sino también aumentado, perfeccionado, ordenado con una vista tan perspicaz de los principios esenciales, con tal perfección de método y propiedad de términos, que parece no haber dejado a los que le seguirán, más que el poder de imitarle, al quitarles la posibilidad de igualarlo".

Quedaron, pues, orientadas las enseñanzas del Rosario, por un sistema que es grandiosa construcción, digna de su sabio arquitecto, que incorpora al pensamiento cristiano, en cuanto es valedera, toda la ciencia antigua principalmente de Grecia, tomada por Santo Tomás a través de su más completa síntesis que es Aristóteles; sistema tomista que contiene en su majestuosa arquitectura el conjunto más armónico y estructurado de nociones acerca de Dios, el hombre y la naturaleza, y que es armónico no sólo dentro del campo estrictamente filosófico, sino también en sus relaciones con la revelación, la fe y la teología, resultando así la más perfecta expresión del pensamiento católico, y quizá humano, de todos los tiempos.

Está por estudiar con precisión científica, la influencia que la filosofía de Santo Tomás haya tenido en la formación intelectual de los hombres rosaristas de la Independencia y la República. Pero no es aventurado pensar que la repetición constante y fervorosa al abrigo de estas aulas seculares, día tras día, año tras año y en lustros y siglos, de silogismos y cuestiones en que se proponían los grandes principios de la filosofía perenne, ora en el lenguaje auténticamente tomista del mismo Doctor Angélico y de los grandes filósofos españoles, y en veces bajo la expresión de un rutinario formalismo decadente, tuvo que crear una larga tradición de profunda resonancia en las mentes de nuestros héroes y forjadores de la República. Y así, yo diría que en la teoría del conocimiento de Santo Tomás dignificaron sus inteligencias, comprendieron que es posible alcanzar la verdad y aprendieron a amarla; que en el estudio del alma se encontraron con una voluntad que debe tender libremente hacia el bien, y así tuvieron auténtica noción de libertad y alcanzaron hasta donde llega la nobleza y dignidad de la persona humana; que en el descubrimiento y admiración por los bienes que apetece el hombre, fiel a los fines de su naturaleza, se educaron en las virtudes y templaron sus almas con temple de héroes capaces de dar su vida por la patria, síntesis de verdad y libertad; que en el contacto con la ley natural, participación de la ley divina en la naturaleza racional, se informaron del orden ético, se capacitaron para ser artífices de leyes positivas y se compenetraron de todas las virtudes cívicas necesarias para formar parte de una república cristiana.

Pero no vaya a pensarse, señores rosaristas, que la orientación filosófica de este Colegio es cosa pasada de moda, que forma parte de una tradición ya superada, o que se trata de principios que cumplieron la totalidad de su misión, muy bella y grande por cierto, pero a su hora y en épocas que ya son patrimonio de la historia. Muy por el contrario, Santo Tomás es considerado con razón el apóstol de los tiempos modernos. Y es notorio el resurgimiento de su filosofía en la época contemporánea y el interés que muestran por ella aún pensadores no católicos. León XIII pregona "que su doctrina, formada y como armada de principios de gran multitud de aplicación, responde a las necesidades no sólo de una época, sino de todos los tiempos, siendo sumamente apta para vencer los errores que sin cesar se renuevan". Benedicto XV insiste en que "la Iglesia ha proclamado que la doctrina de Santo Tomás de Aquino es su propia doctrina"; y agrega que Santo Tomás destruye totalmente los errores modernistas, en cualquiera de sus manifestaciones; así "en la moral, en la sociología, en derecho, enseñando los verdaderos principios de la justicia legal o social, comutativa o distributiva, y explicando las relaciones entre la justicia y la caridad". Mas no sólo el autorizado magisterio de los pontífices afirma esta verdad. Los filósofos católicos piensan que Santo Tomás como apóstol de la inteligencia, doctor de la verdad y restaurador del orden intelectual, no escribió para el siglo XIII, sino para nuestro tiempo; que su tiempo es el tiempo del espíritu que domina los siglos; que es un autor contemporáneo, el más actual de todos los pensadores. Notables hombres de ciencia no católicos reconocen con encomiable honestidad intelectual que ha sido grande su admiración al encontrar magistralmente tratados por Santo Tomás, profundos problemas modernos apenas vislumbrados por el esfuerzo de laboriosas investigaciones. Y es muy notable que en las nuevas constituciones del Colegio se consigna certeramente el secreto de esta vigencia permanente de principios al establecer con auténtica orientación tomista: Recuérdese "que el espíritu de Santo Tomás es espíritu de amplia libertad en la investigación filosófica, con sumisión sólo a las verdades de la fe; que el santo doctor tiene advertido que se estudien los maestros que nos precedieron para seguirlos en lo que acertaron y dejarlos en lo que erraron; y que el mismo León XIII amonesta que si entre las doctrinas escolásticas hay algunas que por la excesiva sutileza de las cuestiones o por el modo poco meditado de tratarlas, no esté de acuerdo con las doctrinas estudiadas en la edad moderna, y no parezca probable en modo alguno, no intenta proponerle a la imitación de nuestro siglo".

Surge, así, con admirable verdad la vigencia actual y permanente de las Constituciones del Colegio, y por qué la fidelidad al pensamiento del Fundador será la mejor garantía para el logro de sus históricos y providenciales destinos.

Por esto se me ha ocurrido considerar que la mejor preparación para este tercer centenario; el óptimo homenaje a las energías vitales del claustro rosarista, y la más significativa veneración a la memoria de Fray Cristóbal, es este maravilloso resurgimiento del espíritu tomista infundido a las cátedras del Rosario por los dos preclaros Rectores de los últimos tiempos, por más de medio siglo, resurgimiento que ya lo apuntan los historiadores de la filosofía, y lo señalan como caso extraordinario en la

América Latina, según oportuna cita traída por Carlos Holguín Holguín en espléndida y reciente conferencia.

Llegó Monseñor Carrasquilla a la Fundación del Arzobispo Torres por la época en que se iniciaba en Europa el gran resurgimiento de la filosofía tomista. Y su magisterio en la cátedra colombiana es comparable al que le correspondió al gran Cardenal Mercier en la Universidad de Lovaina. He oído de labios de sus discípulos, y se puede apreciar a través de sus obras, su convencido fervor por los principios de la filosofía perenne y la solidez de su formación tomista.

Y este magisterio se ha continuado con el brillo incomparable de Monseñor Castro Silva, cuya poderosa inteligencia de formación auténticamente tomista, desentraña e interpreta con aguda visión todos los filósofos y sistemas, antiguos y modernos, llámense Platón, Kant o Bergson, para purificarlos en el crisol de las doctrinas católicas, con la misma virtud con que el Aquinate incorporaba a la filosofía cristiana todo el pensamiento antiguo.

Y por esto también tiene especial significado la noble afirmación, que con juvenil energía, han consignado los rosaristas de hoy, por boca de los alumnos de último año de la Facultad de Jurisprudencia, en letras colocadas en sitio muy principal, consagrado por la histórica escalera de Caldas, que expresan la lealtad a la enseñanza del Colegio Mayor, a la vez que consignan testimonio de veneración a su historia y de fe en sus destinos perdurables.

Consagrada óptima orientación espiritual para su Instituto, magistralmente proyectada en sus constituciones, y puesto el colegio bajo el incomparable patrocinio de La Bordadita, bien podía concebir la iluminada mente de Fray Cristóbal, la profética definición del Colegio en buena hora pregonada en mármol a la misma entrada principal del Colegio y que nunca sobraría repetir: "propondremos la definición de un Colegio Mayor, que viene a ser congregación de personas mayores, escogida para sacar en ellas varones insignes, ilustradores de la República con sus grandes letras, y con los puestos que merecerán con ellas, siendo en todo el dechado del culto divino y de las buenas costumbres, conforme al estado de la profesión".

Admirable definición en que el genio del gran Arzobispo vislumbró en síntesis perfecta la gloriosa historia del claustro rosarista. Porque, qué es la historia del Colegio sino el heroísmo de sus hijos, las virtudes cívicas de los fundadores de la República, el lustre de las inteligencias, la excelencia de varones justos y constantes, la ilustrada fe religiosa, el decoro en las magistraturas, y la austera dignidad humana de centenares de rosaristas que exornan muchas páginas y épocas de la historia patria con sus grandes merecimientos? Qué abrumadora grandeza se alberga en estos muros venerandos de centenaria historia. Cuántas semblanzas de varones ilustres habitan por siempre en estos claustros sagrados. En mármoles trazados por mano maestra de Rectores y en lienzos amorosamente dibujados se pregonan sus glorias legendarias. Y es imposible haber vivido en este recinto de majestuosa arquitectura sin haber sentido el hábito sagrado y la presencia misteriosa de los grandes rosaristas: Que unas veces es la

sombra de Mutis con esa pléyade de infatigables investigadores de la expedición Botánica; otras la figura noble y virtuosa del sabio Caldas; o la arrogante y elevada de Camilo Torres; o la heroica de Girardot, Ricaurte, Rodríguez Torices y García de Toledo; o la severamente republicana de Castillo y Rada, Mosquera y Caicedo; o la galana y artística de Pombo y Gómez Restrepo, y, en fin, los espíritus de los hijos formados en un Colegio que puede exhibir 19 Presidentes de la República. Con cuánto razón se ha repetido que estos claustros son cuna de la República y Santuario de la patria.

En la historia del Colegio y dentro de los ilustres varones vinculados a sus glorias, se destacan con particular sentido las preclaras figuras de sus Rectores. Todos los rosaristas vivos tienen de su Colegio una semblanza profundamente compenetrada con los rasgos más sobresalientes de ellos. Y así imagino que sucedió a los alumnos de otras épocas.

Esta peculiar característica, notable en la tradición del Colegio, tiene que revestir especial significado en tratándose de Rectores larga y generosamente vinculados a la dirección del Instituto. Tal sucede con los nombres de Rafael María Carrasquilla y José Vicente Castro Silva. Los discípulos de Monseñor Carrasquilla, siempre evocan su vida de Colegio y varios lustros de historia rosarista bajo la subyugante iluminación del gran Rector.

Y muchos de los aquí presentes aprendimos a amar a la inolvidable Bordadita; a venerar la gloriosa historia del Colegio; a rendir culto a la memoria de sus héroes e hijos ilustres; a entender y admirar las sabias y profundas constituciones del Fundador; a sentir el cálido y sagrado aliento que emana de estos muros venerandos revestidos de hechos hazañosos contados por mármoles casi todos salidos de su pluma lapidaria; a querer los lienzos de rectores y próceres que enmarcan el Aula Máxima y la Sala Rectoral y a conocer las vidas y relatos de esos legendarios personajes; a penetrar en los grandes principios de la filosofía bajo la radiante iluminación tomista; a saber de religión, de arte, de literatura, de humanidades, de filósofos y pensadores; a sentir anhelos de virtud, honestidad, decoro y dignidad humanas, bajo el insuperable magisterio y el asombroso talento de Monseñor Castro Silva, nuestro Rector Magnífico, cuyos enseñanzas en este Colegio se prolongan por 44 años, 23 de éstos con calidad rectoral, circunstancia extraordinaria que lo consagra, con fervoroso asentimiento y general aplauso, como el primero y más eminente de los rosaristas vivos.

Estos y muchos otros sentimientos que inspira tan insigne Prelado, explican sobradamente que se haya esculpido, para memoria de las futuras generaciones este severo elogio. "Al cumplirse tres siglos de la fundación de este Colegio Mayor puesto bajo los auspicios de la Virgen del Rosario los discípulos de Monseñor José Vicente Castro Silva le tributan homenaje de admiración y gratitud como a devoto guardián del pensamiento del fundador y sucesor ilustre de los esclarecidos varones que rieron el Claustro".

Motivo de especial preocupación fue para Fray Cristóbal lo relativo a las haciendas y edificios del Colegio de que trata en la primera parte de sus Constituciones. Y quiso el espléndido Arzobispo dotarlo de cuantiosas

haciendas y de decoroso edificio, digno de la importancia del Claustro, igual en categoría a los más notables de España. Vicisitudes oficiales de otros tiempos despojaron de sus rentas al Instituto, privándolo de ser actualmente, con bienes que hoy son asiento de pintoresca población y de florecientes haciendas, una fundación tan poderosa como las más importantes de Inglaterra y los Estados Unidos.

Afortunadamente el núcleo principal, albergue del fuego sagrado, quedó a salvo con su bella capilla y los claustros que la continúan, y, con generoso auxilio del Gobierno Nacional, fue posible proyectar su restauración bellamente concebida y tinosamente adelantada por mano de artista. Así, podemos hoy admirar este majestuoso conjunto de luz y austeridad que ofrece el histórico claustro en los festejos de su tercer centenario. Con religioso respeto por su semblanza primitiva y por valiosos rasgos históricos, se ha remozado el edificio bajo la misma inspiración de clásicos monumentos españoles que tuvo el Fundador para trazar los rasgos primitivos. Así, evocando tesoro artístico que fue objeto de la admiración de reyes, se construye la bella torre mudéjar al estilo de la de Santa María de Illescas; con gran acierto se colocaron en la portada de la capilla, objeto de tantas admiraciones, las estatuas de San Pío V y San Buenaventura, conforme al deseo de Fray Cristóbal; para armonizar mejor el peculiar diseño de los ventanales de la capilla con el conjunto del Claustro, se ideó con mucha fortuna y efecto un vistoso friso de barbacanas que llevan el recuerdo al Monasterio de las Huelgas en Burgos, patria del Fundador. Con respeto por las majestuosas arcadas romanas, los corredores se ennoblecieron con piedra y se reconstruyó el segundo piso al estilo de la famosa Universidad de Alcalá de Henares, que tanta semejanza tiene con la arquitectura de este Colegio en sus primeros años: así han surgido los artísticos barandales estilo mudéjar, las grandes zapatas con que rematan las columnas y el magnífico artesonado, añoranza de Salamanca, con adorno de clásicos faroles. Con especial esmero y distinción se enmarcó la histórica escalera de Caldas, se embelleció la Rectoría y la portada principal, y en la parte exterior, lucen ahora evocadores enrejados.

Le correspondió ordenar la obra, bajo la exigente rectoría de Monseñor Castro Silva, a tres ejemplares consiliarios, modelo de interés y generosidad, excepcionalmente dotados para el consejo y la acción. Los nombres de estos distinguidos rosaristas, Guillermo Amaya R., Luis-Angel Arango y Martín del Corral, merecen bien del Colegio y sus servicios se guardarán con respeto en la memoria de los rosaristas y en los anales del Colegio a la vez que sus nombres grabados en mármol los harán perdurables en esta placa en donde desde hoy ocupan sitio de honor al lado de los tantos varones ilustres. Justa memoria se hace también del Maestro Luis Alberto Acuña, arquitecto de la obra, y el Colegio y sus hijos conservarán grato recuerdo por los nombres de los señores Síndicos Rafael Osorio y José Manuel Fonseca, cuyo desvelado entusiasmo y dinamismo ha sido parte muy importante en el éxito de todos los trabajos adelantados.

Quede para la historia la justa alabanza de los rosaristas que han presidido el Tercer Centenario de su Fundación.

Bogotá, diciembre 18 de 1953.

Texto del discurso del doctor Fabio Lozano y Lozano en nombre de la Academia Colombiana de Historia en su sesión efectuada en el Aula Máxima del Colegio el 18 de diciembre.

Al aceptar la palabra que se me brinda para hacer una lectura, en nombre de la Academia Colombiana de Historia, en esta augusta sala y en esta fecha memorable, sobre la fundación del Colegio del Rosario y sobre la egregia figura de Fray Cristóbal de Torres, pido permiso para destacar someramente los motivos familiares y personales que hacen fácil, grato y lleno de emoción para mí el cumplimiento de semejante encargo.

Mis hermanos y yo debimos a este Colegio en gran parte nuestra educación, nuestra formación moral, lo que hayamos podido ser en servicio de la cultura, de la libertad y de Colombia. Por circunstancias especiales y fortuitas, mi padre no estudió en el Colegio del Rosario, sino en el de San Simón de Ibagué, fundado por el General Santander, también benemérito de la República. Pero el inmenso Monseñor Carrasquilla le dijo una vez en carta que publicó la prensa: "Usted, que no fue alumno del Rosario, lo conoce mejor y lo ama más que algunos de los que frecuentaron nuestras aulas".

Nuestra familia es tradicionalmente rosarista. Catedráticos, colegiales, convictores, simples alumnos, nuestros abuelos y parientes discurrieron casi sin interrupción durante los tres siglos que hoy conmemoramos, por los claustros del Rosario. En más de una ocasión la silla rectoral ha sido ocupada por individuos de nuestra sangre. Y fieles a ésta, nosotros devolvemos al Colegio en amor y lealtad lo que le debemos en honor, en verdad y en virtud.

El 18 de diciembre de 1653 inauguró sus labores el Colegio del Rosario con quince colegiales, escogidos personalmente por el fundador, Fray Cristóbal de Torres. Fueron ellos: don Cristóbal Vanegas de Torres, don Jerónimo de Berrio, don Fernando de Mendoza Ezpeleta, don Cristóbal de Figueroa, don Juan de Montoya, don Francisco de Mosquera, don José de Vargas y Alarcón, don Enrique de Guzmán, don Alonso de Mesa, don Juan Mosquera Nuguerol, don Enrique de Caldas Barbosa, don Nicolás Guzmán y Solanilla, don Nicolás Flórez de Acuña, don Gregorio de Borja y Ezpeleta y don Cristóbal de Torres Bravo.

Don Nicolás Flórez de Acuña era hijo del célebre historiador y genealogista don Juan Flórez de Ocariz y hermano, por consiguiente, de don Martín Jerónimo Flórez de Acuña, noveno abuelo mío. Este, nacido en 1666, era también Colegial del Rosario en 1680. Siete hermanos Flórez de Acu-

ña fueron colegiales del Rosario. Dos de ellos, el citado Nicolás y Jacinto Roque, alcanzaron dignidad eclesiástica y fueron Rectores. Sus retratos, pintados por Gregorio Vásquez Ceballos, lo atestiguan en este parainfo.

Y después, los Flórez y Venegas, los Flórez y Subia Mena Loyola, los Rocha y Flórez, los Zapata y Flórez, los Caicedo y Flórez, los Caicedo Santamaría, los Galindo de Mendoza, los Rigueiro y Galindo, los Galindo de la Romana, los Romana y Herrera, los Galindo de Osma y Saravia, los Galindo y Ospina, los Bernal y Herrera, los Bernal y Galindo, los Bernal y Rigueiro, los Neira y Rigueiro, los Portela, los Alvarez de la Portela, los Moya de la Portela; los Torrijos con toda su parentela de Ricaurtes, Prietos, Rubios, Marroquines, Hurtados de Mendoza, Camachos, Fernández de Seijas, Tordecillas, Urizarris, Recamanes, Domínguez, Castillas, Carrizosas, Manriques, Portocarreros, etc.; los Lozanos por las diversas ramas que me incumben, fueron rosaristas. Mi familia es integralmente rosarista. Yo amo y reverencio este Claustro sagrado. ¡De sus entrañas soy pedazo!

Hace 43 años se juntaron el Colegio del Rosario y la Academia de Historia para conmemorar el centenario de la Independencia Nacional. Coincidió con tan fausto acontecimiento la terminación de mis estudios de literatura en el Colegio y mi nombramiento para miembro de la Academia. Las biografías de dos rosaristas que poderosamente contribuyeron a la formación de la Patria colombiana, Hermógenes Maza y Jorge Tadeo Lozano, trabajos que resultaron premiados en concursos de entonces; la de Fray Cristóbal de Torres, que se publicó en España, y la de don Simón Rodríguez, El Maestro del Libertador, editada en París por Ollendorff, constituían mi ligero equipaje en la travesía por los campos de la literatura y de la historia. Los ensayos eran en realidad menos que medianos. Pero más vale caer en gracia que ser agraciado. Los tiempos eran claros, bonancibles, llenos de alegría y de esperanza. Ferradas puertas se abrían al leve conjuro de la buena voluntad. Los muchachos queríamos estudiar, pretendíamos servir. Los maestros querían enseñar y eran tan doctos y sabios como benévolos y generosos. Monseñor Carrasquilla y el doctor Ibáñez, el Colegio y la Academia, me llenaron de cariño y de estímulos, ennoblecieron mi juventud, dieron orientación a mi vida y fuerzas infranqueables a mi espíritu.

Hoy vuelven a estar juntos el Colegio del Rosario y la Academia de Historia en la conmemoración del tercer centenario de la fundación del Colegio y la Academia me honra una vez más al designarme para hablar en esta junta solemne, celebrada en el Aula Máxima de Fray Cristóbal, presidida por la Bordadita, que es el Aula Máxima de la cultura, del decoro, de la virtud cristiana y del culto patriótico en Colombia.

La Academia se asocia con fervor y entusiasmo a la celebración de este día, que es grande en la Patria colombiana y en los fastos de España y América. Reconoce, exalta y proclama lo que significan para la cultura y para la libertad los tres siglos que se han vivido aquí tan noblemente a partir del 18 de diciembre de 1653. Y deja sobre los muros de la entrada, para perpetuas eternidades, como fallo, como admonición y como homenaje, una lápida memoriosa: "He aquí, en casa de sabiduría, el sumo ho-

gar del patriotismo colombiano: egregio de origen, prócer en su virtud docente, y aún más grande en la grandeza de sus hijos”.

Quiere la Academia, además, que yo en su nombre recuerde en forma breve y sumaria, especialmente para los colegiales del Rosario, algunos rasgos de la personalidad del fundados y las circunstancias que rodearon los orígenes y primeros pasos de esa otra personalidad viva, actuante, inmarcesible, inmortal, que es su Colegio Real y Mayor.

Hace 300 años, un instante en los arcanos del tiempo, breve plazo si se tratara de las naciones cargadas de historia donde han florecido las grandes Universidades de Europa, pero magno lapso en la acción de las instituciones culturales de América, donde la gloriosa Harvard apenas antecede al Rosario en tres lustros, se cumplió en la incipiente y mediterránea ciudad de Santa Fé, en este preciso sitio, señalado por eso con cifra de preeminencia inconfundible, un hecho que podemos considerar entre los más trascendentales de nuestra vida, un hecho pequeño y sencillo en apariencia, pero al cual Dios quiso reservar destinos continentales, gloria epónima en la Patria colombiana y fecundidad maravillosa e indeficiente para el bien: la inauguración de nuestro venerado Instituto.

El fundador dispuso en las Constituciones que éste fuese

Congregación de personas mayores, escogidas para sacar en ellas varones insignes, ilustradores de la República con sus grandes letras y con los puestos que merecerán con ellas, siendo en todo el dechado del culto divino y de las buenas costumbres, conforme al estado de su profesión.

Y en otra parte repite la disposición, antecediéndola de una declaración que lo retrata de cuerpo entero:

Reconociendo —dice— que todas las haciendas que donamos a este Colegio las hemos recibido de este Reino, y era un género de justicia y agradecimiento retornárselo todo para que se criasen personas nobles en las letras, tan grandes que mereciesen de justicia las garnachas y las prebendas con todas las demás mercedes de Su Majestad.

Garnachas y prebendas, es decir, dignidades en lo civil y en lo eclesiástico, grandes letras y consiguientes grandes distinciones, obtuvieron los rosaristas desde la fundación del célebre plantel. A partir de 1653, aquí se formaron las gentes que tuvieron bajo el régimen colonial, al lado de los funcionarios españoles alguna ingerencia en la dirección del Estado. En 1783 —cuando Bolívar nació en Caracas— llegó José Celestino Mutis al Colegio del Rosario para formar la Expedición Botánica; y este cenáculo admirable —está dicho, probado y aceptado— fue el semillero de la Independencia. Allí la ciencia dio fundamento cierto y seguro a los anhelos libertarios. A partir de entonces, en el Rosario se formaron las gentes que como Camilo Torres en el ágora o como Caldas y Camacho en los gabinetes de estudio y de trabajo, otearon audazmente los horizontes, soñaron con la independencia y con la libertad y realizaron el prodigio de la Revolución. De allí brotaron, en torrente incontenible e interminable, los héroes, los mártires, los sabios y los estadistas que formaron la Patria. Con sobra de razón el Colegio del Rosario ha sido llamado “Cuna de la República”. Y Fray Cristóbal de Torres,

El creador de nuestra cultura intelectual, el maestro de todos nuestros maestros, el hombre que en las Constituciones del Rosario realizó el ideal de una República cristiana, con régimen electivo, con distinción sabia de poderes, con amplia libertad para lo bueno, con responsabilidades efectivas, con la santa igualdad que no consiste en abatir a los grandes para ponerlos al nivel de los ruines, sino en elevar a los pequeños hasta la excelcitud de los mayores.

¿Quién era este Fray Cristóbal de Torres, tan llevado y traído y que de modo tan hondo y evidente pesó sobre los destinos del Nuevo Reino de Granada, del Nuevo Mundo todo, vidente, paciente y amoroso constructor de la cuna de nuestra nacionalidad colombiana?

Era un caballero español, un verdadero príncipe por la sangre ilustre, la gallardía del cuerpo, la fortaleza del ánimo y las magníficas virtudes que arraigaban en su corazón. Hombre de Cristo, hombre de santidad insigne, hombre de ciencia, auténtico y señero hombre de genio. Había nacido en Burgos, ciudad “muy noble y muy más leal”, según rezan sus fueros. Muy joven había vestido el hábito de Santo Domingo, había ocupado todas las primacías de su Orden, había sido Predicador de los Reyes Felipe III y Felipe IV y confesor y director espiritual de Margarita de Austria. En octubre de 1634 fue designado por el Rey para Arzobispo de Santa Fe; el Papa le dio el *fiat* en enero de 1635, y en septiembre siguiente tomó posesión de su investidura, habiendo sido consagrado en Cartagena por el Obispo Fray Luis Ronquillo.

Monseñor Rafael María Carrasquilla, con pluma incomparable, describió así al señor Torres al inaugurar su estatua en 1909:

¡Oh! ved cuán hermosa es la figura de nuestro amado padre. La cabeza erguida, la firme mirada del hombre nacido para el mando; la espaciosa frente, abultada como si no alcanzara a contener sin esfuerzo la grandeza del pensamiento; el rostro demacrado, ascético, del sabio y del penitente; la fina, dulce boca, de donde parece que van a fluir los torrentes de elocuencia con que asombró a la Corte de los Felipes. Viste el amplio y airoso hábito de los Predicadores, tan semejante a la romana toga; el que llevaron Domingo de Guzmán, Tomás de Aquino, Soto y Victoria. Pende del cingulo el Rosario, que da su nombre a nuestro Instituto, y es símbolo de la devoción predilecta de nuestras madres de la tierra, de nuestra celestial madre María. Oprime Fray Cristóbal contra el pecho el volumen intangible de nuestras Constituciones, que nadie ha violado impunemente, y extiende la diestra, descarnada, aristocrática, supremamente bella, como para proteger a los jóvenes que se educan a la sombra del Claustro, para amparar al Colegio, para bendecirlo, en nombre de Dios, desde la gloria.

La labor cumplida por Fray Cristóbal de Torres como Pastor en Santa Fe —ardua y terriblemente complicada— se cita entre las más distinguidas y benéficas de la historia colonial. A su llegada “el Reino hervía en alborotos, sediciones y escándalos”, escribió el Ilustrísimo Señor Caicedo y Flórez. Torres dispuso estas tinieblas “como estrella de la mañana”, dice

el P. Zamora "llenando al Nuevo Reino de luces de sabiduría y de abundancia". Guillermo Hernández de Alba, historiador tan riguroso y autorizado como galano, afirma que el nuevo Prelado entró a Santa Fe como en casa propia. "Animo presto a la conciliación, bondad incomparable, severidad en la doctrina, ha de enfrentarse en sus determinaciones canónicas con la autoridad real, que a su antojo maneja la Iglesia... El orgulloso Presidente (Marqués de Sofraga) encuéntrase ante tal dulzura, tal mansedumbre, tal sosiego de autoridad, que no quiere comenzar con el señor Torres, cuya sola figura impone, como lo hiciera hace años con el respetable Almanza". Y el padre Mesanza, justamente celebrado por sus investigaciones y aciertos, cierra así el concepto: "Fue el señor Torres un Arzobispo modelo, tal vez el mayor que ha tenido esta Silla, y los ha tenido muy grandes".

La caridad del Arzobispo no tenía límites. Se sabe que en limosnas no secretas distribuyó 270.000 pesos. Fundó la Casa de Expósitos con gasto de 170.000. Mantuvo a su costa médico, cirujano y botica para los enfermos pobres. Sostuvo en la misma forma las Misiones de Subia y otras, donde fueron reducidos miles de indígenas. En el amor a éstos se le puede nombrar al lado de Las Casas: fue él quien estableció definitivamente que se les diera la Sagrada Comunión, "pues hasta su tiempo —dice el Padre Ariza— se ponían para ello muchas dificultades".

Sobre esto, sobre su admirable doctrina, sobre su sabiduría, sobre su prudencia y benignidad, sobre sus energías indomables, sobre sus excelsas dotes de Gobierno, podría hablarse indefinidamente. Pero es necesario detenerse hoy sólo en las circunstancias que rodearon la creación del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, porque es el motivo que nos congrega y porque no hay en la historia de Colombia ninguna efemérides de mayor consideración.

En 1645 Fray Cristóbal cumplía 72 años de una vida trabajada, dura, de ascetismo tremendo y de la más asidua y fecunda tarea intelectual. Merecía descansar, dedicarse en la paz del Señor a la meditación y a la preparación del tránsito supremo. Pero él era un predestinado, era un profeta, era un patriarca de la Biblia, y a la avanzada edad que alcanzaba, abrumadora para tantos, él disfrutaba de la plenitud de las facultades físicas e intelectuales, había vigorizado la voluntad y su talento fulguraba como las estrellas sobre las torres de su escudo.

Fray Cristóbal pensó entonces en la realización del más grande proyecto de su existencia. Con sus dineros, con su energía, con su optimismo comunicativo; como dice un biógrafo suyo, "con sus propias manos", levantó una amplia casa de majestuosa arquitectura, para el Colegio; agregó una bella capilla, casas y haciendas; perfiló jurídicamente la fundación; le aseguró rentas mayores de 150.000 pesos, y pidió al Rey la licencia para establecer un Colegio Mayor con los mismos honores y privilegios del que había establecido en Salamanca el Arzobispo Alonso de Fonseca, príncipe y mecenas ilustre, amigo de Carlos V y de Erasmo, figura compleja que ofrece puntos de semejanza con Torres, pero que en materias morales le queda cien codos por debajo.

El señor Torres había auxiliado a la Corona en repetidas ocasiones con cuantiosas sumas, y ahora para obtener la merced de la aprobación del Colegio, ofreció al Rey 40.000 ducados de plata. El Rey pidió informes al Presidente y Oidores de la Real Audiencia, y debidamente surtido el expediente, concedió la autorización al señor Torres por Real Cédula del 31 de diciembre de 1651. El 9 de julio de 1653, la Audiencia lo puso oficialmente en posesión del edificio, y el 18 de diciembre del mismo año —hace exactamente tres siglos— tuvo lugar la ceremonia solemne de la inauguración. Concurrió ese día a esta sala la Audiencia en pleno, presidida por el Marqués de Miranda de Aute; asistieron los Cabildos civil y eclesiástico, las Comunidades religiosas y todas las personas notables de Santa Fe. El fundador invistió la beca a los colegiales, y pronunció un discurso muy elocuente sobre las miras que lo habían movido a crear el Colegio, sobre la manera como lo había organizado y sobre los beneficios que reportaría al Nuevo Reino. Dijo la misa el Padre dominico Fray Tomás Navarro, a quien designó el señor Torres para primer Rector.

Elaboró Fray Cristóbal las Constituciones del Colegio, que aún se conservan, obra maestra de sabiduría y previsión humanas, código avanzadísimo de Gobierno en que la base fundamental está tomada del principio popular, electivo, representativo, alternativo y responsable. Dispuso que mientras ellas no fueran aprobadas por el Rey, los colegiales juraran los Estatutos del Colegio Mayor del Arzobispo de Salamanca. Constan las nuestras de cinco títulos: el 1º, perteneciente a la Hacienda; el 2º de los Rectores; el 3º de los colegiales; el 4º de las obligaciones de los colegiales; y el 5º perteneciente a los Catedráticos. Cada *título* está dividido en *constituciones*, y en éstas está todo admirablemente dispuesto y previsto.

Lleva la magna carta rosarista fecha 14 de febrero de 1654, es decir, la concluyó Fray Cristóbal cuando tenía 81 años, lo que más admira y hace pensar en la superioridad procerosa de su intelecto. Fueron sometidas las Constituciones al Rey, y éste las aprobó por Cédula firmada en el Buen Retiro el 12 de julio de 1664, diez años después de muerto el señor Torres. Suficientes razones tenía don Felipe IV para demorar por tanto tiempo la firma de esta Cédula. Al firmarla —se ha dicho con acierto— anticipó en siglo y medio el reconocimiento de la Independencia del Nuevo Reino de Granada.

Fray Cristóbal de Torres quiso fundar y fundó un *Colegio Mayor*, no un simple Colegio ni una Universidad. Los mejores Colegios de esta clase que existían por aquellos tiempos en España, eran el de la Asumpta en Lérida; los de Santiago y San Bartolomé en Salamanca; el de Santa Cruz en Valladolid, y el de San Ildefonso en Alcalá. En nuestra América no había para entonces verdaderos Colegios Mayores, que son Institutos universitarios pero no Universidades. En la Real Cédula que concedió permiso a Fray Cristóbal para fundar el Colegio Mayor del Rosario, se dice expresamente: "Los colegiales de él no han de hacer cuerpo de Universidad sino de un Colegio donde estudien las dichas tres ciencias (filosofía, jurisprudencia y medicina) gozando de los honores y preeminencias que tienen los del Colegio del Arzobispo de Salamanca.

El sistema de los Colegios Mayores o universitarios ha desaparecido hoy casi por completo, salvo en Inglaterra. El primero que hubo en América con todos los atributos y elementos de tal, fue el del Rosario, al cual el Rey Carlos III, en 1768, le dio la calidad de "Estatuto", como el del Arzobispo de Salamanca y los otros Colegios Mayores.

Para fijar la diferencia entre el Colegio Mayor y la Universidad, la autoridad de la Academia Española dice que el Colegio Mayor era comunidad de jóvenes seculares de familias distinguidas, dedicadas a varias facultades, que vivían en cierta clausura, sujetos a un Rector colegial que ellos nombraban, por lo común cada año; y que Universidad era Instituto público donde se hacían los estudios mayores de ciencias y letras, y con autoridad para la colación de grados universitarios.

La Universidad más antigua de Europa es la de Boloña, fundada en 1100; le sigue la de París, en 1150. La más antigua de España es la de Palencia, creada en 1214; le sigue la de Salamanca, hacia 1253, que alcanzó el mayor renombre. Las más antiguas de América son las de Santo Domingo, México y Lima. Esta data de 1551, es muy ilustre y me es muy conocida. Pero en Lima no fueron Colegios Mayores ni los primitivos de San Martín y San Felipe, ni el Seminario de Santo Toribio. Tuvo verdadero carácter de Colegio Mayor el de San Carlos, fundado en 1770 y en el cual fueron establecidas las Facultades de Filosofía, Letras, Jurisprudencia, Matemáticas y Ciencias Naturales; y luego el de San Fernando, Facultad de Medicina, instalado en 1810. Toribio Rodríguez de Mendoza e Hipólito Unánue, hijos de la Universidad de San Marcos, colocados a la cabeza del Convictorio carolino y de la Escuela anatómica fernandina, respectivamente, son los Precursores peruanos de la Independencia.

En Santa Fe erigieron la primera cátedra de gramática los Padres dominicanos en 1563, y en 1573 erigieron la primera de filosofía. Fue Regente de estudios el Padre Alberto Pedrero. A ésta comenzó a concurrir la numerosa juventud que crecía sin tener donde instruirse. Los padres de familia celebraron mucho este paso, y el Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada, para manifestar la satisfacción que le causaba el establecimiento, instituyó una fiesta de Santo Tomás, fundó una capellanía y donó al Convento su biblioteca. Quisieron los Predicadores tener Universidad pública para conferir grados académicos, como la establecida en Lima, y para esto concurrió personalmente a la Corte de España Fray Juan de Mendoza.

El Arzobispo Fray Luis Zapata de Cárdenas fundó, hacia 1581, bajo el título de San Luis, el Colegio Seminario, con arreglo a recientes disposiciones del Concilio de Trento. Nombró primer Rector a un clérigo que enseñaba canto llano y música a 18 colegiales, un catedrático de lengua latina y retórica, y otro de lengua muisca. Este se pagaba de las Cajas Reales y lo demás de los beneficios del Arzobispado. El mismo señor Zapata cerró el Seminario de San Luis en 1586 porque los alumnos se negaron a prestar ciertos servicios en la Catedral, se despojaron de sus sotas y regresaron a sus casas. Renació pronto, y es el remoto origen del actual Seminario de San José. Nuestra Arquidiócesis tiene el honor —co-

mo lo ha hecho notar Monseñor José Restrepo Posada— de haber sido una de las primeras del mundo que tuvieron esta clase de planteles.

En 1599 tomó posesión del Arzobispado Fray Bartolomé Lobo-Guerrero. Vino de México y trajo los jesuitas. Estos establecieron Colegio en 1604, ayudados ampliamente por el Arzobispo y por el Presidente, Gobernador y Capitán General don Juan de Borja. El señor Lobo-Guerrero creó de nuevo el Seminario, bajo la denominación de San Bartolomé, y lo puso a cargo de los Padres Jesuitas; le compró un local de 8.000 pesos y le asignó parte de las rentas de los curatos del Arzobispado. Fundáronse 18 becas de seminaristas, y se recibían también alumnos de paga. El Rey concedió después cuatro becas costeadas por el Real Tesoro, para los hijos de los Oidores. Desde entonces usó el Colegio las armas reales.

Los Padres de Santo Domingo y los de la Compañía de Jesús, émulos en todo el mundo por análogos motivos, sostuvieron ante la Audiencia de Santa Fe y ante la Corte de Madrid, por espacio de casi un siglo, ardiente pleito por el privilegio de establecer Universidad y de manejar el cuantioso legado de Gaspar Núñez para fomento de la instrucción.

Alternativamente se dio la razón a los unos y los otros. Alternativamente fueron autorizadas y clausuradas la Universidad Tomística y la Universidad Javeriana. Alternativamente celebraron su victoria con actos solemnes y ruidosos, los hijos de Santo Domingo y los de San Ignacio.

En tales circunstancias, fundó Fray Cristóbal de Torres su Instituto. En la Real Cédula que autorizó su creación, se hace mención del pletito "entre las religiones de la Compañía de Jesús y Santo Domingo del dicho Nuevo Reino, sobre pretender cada una, con privación de la otra, le toca la facultad de dar grados y de ser Universidad". Se declara que la licencia solicitada por el señor Torres "no tiene conexión ni dependencia alguna con el pleito principal que hay entre las dichas religiones"; y se concluye: "Por la presente doy y concedo al dicho Arzobispo licencia y facultad para fundar el dicho Colegio con los mismos derechos y privilegios que goza el del Arzobispo de Salamanca".

Ya conocemos la definición que Fray Cristóbal de Torres dio de su Colegio Mayor, la cual, por voluntad del Ilustrísimo señor Rector Castro Silva, permanece también desde hoy sobre mármol en la entrada principal del establecimiento, recordando a las generaciones presentes y futuras lo que éste significa, ha realizado y seguirá realizando con el favor de Dios, que nunca le ha faltado.

Rector Magnífico del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Ilustrísimo y Reverendísimo Monseñor José Vicente Castro Silva:

Con sobra de dignidad, merecimientos y brillo, lleváis sobre los hombros la tradición ilustre que arranca de Fray Cristóbal y que recibisteis de Monseñor Carrasquilla. En nombre de la Academia Colombiana de Historia, de la Historia de Colombia y de Colombia, saludo en vos a esta Casa de la sabiduría y sumo hogar de patriotismo, y os ofrezco el tributo de nuestra admiración, de nuestra gratitud y de nuestra esperanza inextinguibles.

Texto del discurso del doctor Guillermo Hernández de Alba, Colegial Honorario y Cronista del Colegio en la sesión de la Academia Colombiana de Historia celebrada en el Aula Máxima.

Señores Académicos:

Os habéis reunido en este Claustro para glorificarlo; para dar testimonio de que su recinto, a través de tres siglos cumplidos, se ha convertido en peregrino santuario de la Patria, templo magnífico de Clío, donde cada sillar y cada loza, trocados en reliquias, guardan memorias de majestad secular, que constituyen plinto magnífico para sustentar la efigie que, modelada por diestras manos de rosaristas, personifica la República.

En los muros de esta casa, arraigados como pocos en el suelo colombiano, habéis desplegado una hoja de mármol, página digna de vuestra sabiduría y de vuestra justicia, en la que, expresando la voz de la Patria, dejáis para lo porvenir un mensaje y una lección que jamás olvidará este Colegio Mayor. En ella habéis escrito: *He aquí, en casa de sabiduría, el sumo hogar del patriotismo colombiano: egregio de origen, prócer de su virtud docente, y aún más grande en la grandeza de sus hijos.*

Insatisfechos, señores académicos, confiasteis aún a la diestra pluma de un ilustre hijo de esta casa, calificado por tantos títulos ante vosotros y nosotros para hacer el recuento magnífico que acabamos de escuchar. Eximio título que justifica y hace más valedero el concierto magnífico de voces de insigne prosapia que en estos días, se unimisman para cantar la gloria y la memoria del Fundador inmortal, de los hijos preclaros, de los que fueron y de los que aún alientan, de sus rectores admirables, de sus nobles catedráticos, de sus servidores todos en los que anima la misma luz indeficiente que envolvió a Fray Cristóbal desde la hora misma de su genial decisión e irradia potente para iluminar la ruta ascensional por tres siglos recorrida sin desfallecimientos.

Solemne pausa la de estos días inolvidables para el recuento de las realizaciones rosaristas; detenemos asombrados al encontrar cómo el hábito de inmortalidad que legó a su fundación el glorioso hijo de Burgos, es el mismo que reanimado desde los días de Carrasquilla el admirable, esplende hoy en las manos rectorales del prócer constituido desde hace veintitrés años en tan alta dignidad docente; preciosa vida decorada por Dios con títulos eminentes delante de la glesia y ante la gratitud nacional.

En lo venidero, señores académicos, daréis testimonio de cómo el Colegio Mayor reanuda la marcha ascendente, estimulado aún más por tan claras demostraciones de afecto como la que vosotros le tributáis. De este Claustro, magnificado por el esmero artístico de uno de vosotros, el académico Luis Alberto Acuña, continuarán saliendo varones capaces de realizar con su vida el dechado prescrito por nuestro Fundador cuando definió la esencia de Colegio Mayor. De la novísima y magnífica arquitectura de la Quinta Mutis, colmada de luz y de las perfecciones técnicas que requiere la época presente, saldrán promociones juveniles dignas de honrarse con la enseña de Calatrava y de aprender luégo en este Claustro Mayor las lecciones inscritas en sus muros, páginas gloriosas de la historia, impulso indeficiente para realizar el porvenir.

Ilústrase vuestro Instituto con valiosa nómina de fieles hijos del Colegio del Rosario. A partir del centenario de la Independencia Nacional destacó de estas aulas un grupo selectísimo de jóvenes que pocos años después serían llamados a la Academia para constituirse en mantenedores de su prestigio científico, convertirse en dechado de tan eximia calidad intelectual y ofrecer días de gloria al Instituto. Esta tarde hemos escuchado la lección magistral de los labios eruditos de uno de ellos, el mismo que a los diez y siete años sintió sobre su frente el aleteo del triunfo, cuando en el recinto del Aula Magna rosarista, en asamblea presidida por el Primer Mandatario de Colombia, fue proclamado triunfador en concurso promovido por el Colegio entre sus estudiantes, para conmemorar la magna efemérides. Hoy como en el ayer lejano, el Colegio celebra sus luces y le brinda su aplauso.

Vosotros, señores académicos, para hacer más valedero el preciado galardón que otorgásteis a dos jóvenes bachilleres que supieron corresponder a vuestro llamamiento de escribir acerca de la historia del Colegio del Rosario, los habéis convocado esta tarde, con suma adecuación, para que en histórico momento, que jamás olvidarán y que les obliga para siempre, recibieran el trofeo que condecora su gallardía intelectual y habrá de constituir nuncio de reiterados triunfos. Ved como vosotros también sois educadores, preclara condición de este Colegio, la que le ha ganado la gloria que hoy celebra la República.

En nombre del muy ilustre señor Rector Magnífico, de los señores conciliarios y del venerable Claustro, recibid Señor Presidente de la Academia Colombiana de la Historia, señor doctor Fabio Lozano y señores académicos el tributo de la gratitud indeficiente del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, cuyo eminente lugar en la historia de Colombia habéis consagrado con vuestra presencia.

En la sesión de la Academia Colombiana de Historia, efectuada en el Aula Máxima, el M. I. Señor Rector pronunció el siguiente discurso de agradecimiento por la placa de mármol en que esa Institución reconoce la obra del Rosario durante sus tres siglos de vida.

Señor Presidente de la Academia de la Historia; Señores Académicos:
Señores:

Bienvenidos seáis, Señores, a esta casa que nunca jamás puede seros extraña porque en ella se guardan celosamente las huellas y vestigios, las memorias y reliquias de hombres y hazañas que integran la Historia Patria de que soís vosotros dignísimos custodios e ilustradores ejemplares. Y no sólo habéis venido a honrarnos con vuestra presencia sino que, llevando a su colmo la generosidad, nos traéis una dádiva de imperecedera recordación: un mármol transfigurado por el pensamiento adamantino que glorifica lo pretérito en frase de concisión imperatoria y proyecta sobre el futuro un compromiso de fidelidad y una admonición de grandeza.

Así, frente por frente, a la entrada de este Colegio Mayor, o como definición de su sér y como pregón de su historia, subsistirán en adelante dos inscripciones, separadas en el tiempo por trescientos años, y unidas entre sí como la causa y el efecto, como el principio y su demostración, como la simiente y el árbol. A una parte la sentencia inicial que define y constituye el Colegio, a otra parte la cláusula en que se recogen con nitidez fulgente los resultados de aquella sentencia obedecida a través de los siglos.

Concebida por una mente de muy alto pensar y ofrecida por la Academia de la Historia en oportunidad memorable, esta inscripción suscita el recuerdo de una amplísima tradición que se arropa en mantos de leyenda, trae ante la mente los pasos inmortales con que la República inauguró, afianzó y prosperó su soberanía, y hace abrir los ojos, en vigilante expectativa hacia la finalidad sustantiva que contempló Fray Cristóbal de Torres, finalidad sin la cual esta Institución perdería la índole que la ha caracterizado no obstante las vicisitudes de los tiempos y las mudanzas de los hombres.

A solas, y como desentendiéndonos del instante volandero, pronunciamos el nombre del "Rosario", y hé aquí que surgen atropelladamente incontables reminiscencias que, por hallarse repartidas en luengos períodos, le dan a este Colegio una inconfundible calidad de actor y de testigo en nuestra Historia Patria. En ella, como en las corrientes de los ríos poderosos, hay un caudal perenne y crecedero que le da nombre, y que unas

veces discurre manso y fecundo, y otras alborotado y estruendoso. Pero también habrá en ese raudal frondas casuales y despojos flotantes que son acarreados al azar del torrente y, aventados por él, quedan para siempre jamás olvidados en las márgenes. Y no de otra suerte, hay en la historia el caudal permanente que da fe y testimonio de la vida de un pueblo, y hay los accidentes pasajeros que no llegan a dejar rastro de sí ni de su influjo. El Colegio del Rosario, bien sabéis que ha procurado no contarse nunca entre esto que es efímero, sino hacer cuerpo con aquello que es permanente y, dentro de ciertos límites, específico y orgánico.

Nombrando el Colegio del Rosario desandáis las centurias y os ponéis en la presencia de Fray Cristóbal que prodigó riquezas y desvelos a trueque de firmar aquellas sus Constituciones que, en su esencia, siguen siendo letra viva entre nosotros. ¡Cómo no han de serlo si en las fojas del venerando Estatuto campean, junto con el nombre de la República, los mandamientos reiterados para "criar aquí varones que la ilustren!... Ese nombre y esos mandamientos hacen de Fray Cristóbal de Torres un genuino Precursor de la Independencia, un Padre de la Patria futura, y un ejemplo de la auténtica tradición que sacó de su época y de las anteriores los elementos humanos y los impulsos conducentes para que en 1810, por mano del Colegial Antonio Morales, se desplomara el andamiaje colonial, y quedara al descubierto, contrastada y a veces inerme, pero definitivamente viva, nuestra esencial soberanía.

Emporio de patricios y caudillos, escuela de sabios, reliquia afinada a costa del hondo meditar de los prudentes, este albergue intelectual y este domicilio de próceres perfila y destaca la silueta de sus muros sobre el horizonte de la Historia Patria. Sus cimientos están consagrados con el sudor de antepasados hidalgos, sus pavimentos con sangre de víctimas, sus columnas se levantaban simultáneamente con los pilares de templos famosos, con las ermitas de apartadas misiones, con los baluartes y fortines de la Ciudad Heroica, cuya misma grandeza los hizo inacabables y los dejó inconclusos. Y a tiempo que bucaneros y piratas llevaban estrago por todo el litoral de Tierra Firme, sonaban aquí las campanas que llamaban a oración y a estudio a los primeros colegiales: sus sucesores abastecerán con sus merecimientos nuestra Gesta Magna y algunos de ellos perseverarán, inmortalizados en bronce o en mármol, para decoro de las ciudades colombianas.

Y desde ellos hasta los días presentes se extiende un áureo hilo de continuidad, y es dádiva singular de Dios y providencia de la "Bordadita", que en ningún tiempo hayan faltado aquí los que, a semejanza de los lampadóforos de Grecia, recibieron en sus manos juveniles, temblorosas por la emoción de la vida que se anuncia, la antorcha inextinguible que les transmitían otras manos temblorosas por la emoción de la vida que concluye.

Así ha germinado la obra que ideó Fray Cristóbal. Su definición y su comentario se leerán siempre en las inscripciones con que, por merced vuestra, se honra el atrio de esta casa. Y allí perdurarán, con el fervor divino, no sólo para servir de ley y de aliciente a la labor que de puertas adentro se prosigue, mas también para atajar el paso a todo sentimiento envilecido por la estampilla de la ruindad.

Porque ninguna ruindad puede avenirse con el ideal específico del Colegio del Rosario: la Patria que Dios encomendó a nuestro amor: ilustrarla y servirla con sabiduría y merecimientos, vivir de manera que cada sol que nace y cada sol que muere nos encuentre atareados en darle la paz que es obra y culminación de la justicia, tal es el anhelo latente en cada palabra de las Constituciones; ese, después de Dios, ha de ser el primer motor del trabajo que aquí debe realizarse, ese el señuelo de atractivo dominador; ese el propósito que nunca puede perderse de vista ora se trate de la disciplina, ora de los estudios generales o profesionales. Y cuando nos faltara la definición imperativa y constitutiva de Fray Cristóbal, podríamos reconstruirla sin error, atendiendo a la historia. En pleno régimen colonial y saliendo apenas de la Corte que lo reverenció por Maestro insigne, el Arzobispo como que se desliga de su época para señorear el porvenir: en el Nuevo Reino hay hombres que tarde o temprano reclamarán soberanía y harán una nación independiente y querrán tener patria creada por ellos y por ellos defendida y vindicada. Para ese entonces, que no sabemos con cuánta claridad adivinasteis, ¡oh gran Prelado... oh Fundador Vidente! para ese entonces congregásteis aquí a los mejores, les enseñásteis a regirse por sí mismos y a precio de toda vuestra hacienda les dísteis autonomía, costumbres honestas, integridad inflexible, religión de eternos principios, y para que amaran la patria grande advenidera, les inventásteis su imagen en esta patria minúscula del Claustro y le dísteis un invencible hechizo, vástago y renuevo forzoso de la verdad que os guiaba.

Y otra vez torno a pensar en las dos inscripciones y ante ellas alzo a Dios las manos para suplicarle: que nunca se diga que esta casa dejó de ser el domicilio de la verdad dominadora de las quiebras y flaquezas lamentablemente humanas; que nunca se diga que dejó de ser una laura donde se ha puesto el culto abnegado y fervoroso de la Patria por fuera y por encima del apetito egoísta y del interés deleznable; que nunca se diga que en estos Claustros, sean viejos o nuevos, dejó de trabajarse por fraguar el vínculo de perpetua y generosa y fraternal concordia que ha de enlazar para siempre a todos los hijos de Colombia.

Allá en lo alto, presidiendo la entrada, sobre el arco de ingreso, existe una tercera lápida dedicada al Fundador y que se ilustra con el nombre de Monseñor Rafael María Carrasquilla cuyo espíritu preside estas solemnidades... Ahora me imagino que va entrando pausadamente a esta su morada y que al advertir las dos frases marmóreas, se detiene... un momento después, con los ojos puestos en lejanías supernas, ora por el Colegio y reitera la frase lapidaria:

“Grande en la grandeza de sus hijos”.

Palabras pronunciadas por el M. I. Señor Rector Monseñor José Vicente Castro Silva al inaugurar el monumento con que el Colegio honró la memoria de su egregio Rector Mgr. Rafael María Carrasquilla, en los actos del Tricentenario.

Estoy seguro de que nadie habrá de sorprenderse al ver que las modestas solemnidades con que tratamos de conmemorar estos trescientos años de vida que providencialmente ha alcanzado el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, incluyan este homenaje a la memoria de Monseñor Rafael María Carrasquilla, Rector incomparable de la Fundación de Fray Cristóbal de Torres, y a quien corresponde, no por mero rigor protocolario, sino por innegable, auténtico y reconocido merecimiento, el título y denominación de “Magnífico”. Y no sólo estaría de sobra la sorpresa sino que parecerían incompletas y menoscabadas estas festividades del tricentenario si de ellas estuviera ausente la exaltación del Maestro sin par. Su vida por caso singular, se ha fundido con la vida del Colegio Mayor, hasta el punto de que para las generaciones presentes, y confiamos en que también para las futuras, no puede ni podrá hablarse del Colegio del Rosario sin hablar asimismo de Monseñor Rafael María Carrasquilla, como tampoco es posible rememorar a este Prelado eximio sin que la historia del Instituto se apresure a referir sus glorias para hacerle cortejo y darle realce de inmortalidad a su figura y relieve trascendental a sus obras y ejemplos. Y como los ríos, ya de suyo caudalosos, ensanchan su majestad y su energía fecundante cuando reciben e integran en su corriente poderosa el tributo crecido de otras aguas afluentes, así la historia del Colegio ha sumado a su propia opulencia este otro raudal que es la vida de Monseñor Carrasquilla. A estas horas ya son inseparables, y esa misma corriente que antaño desató Fray Cristóbal, acrecentada por su intérprete fidelísimo en el largo espacio de 39 años, conservó su dirección intrínseca y primordial, y salvó los obstáculos que surgen con la mudanza de los tiempos, y cobró fuerzas para continuar sirviendo a Dios, a la Iglesia y a la Patria en los derroteros del futuro.

Tiene este homenaje apariencias fúnebres y sustancia gloriosa. Proceden naturalmente aquellas apariencias de que es un sepulcro el objeto central e inmediato de esta conmemoración a que asistimos, y se nos hace patente la sustancia en el nombre y la memoria de aquel que allí yace, silencioso en el abatimiento inevitable de la carne mortal, pero más elocuente que nunca por la supremacía de su espíritu que sigue actuando sobre las generaciones posteriores.



Para los que no conocieron a Monseñor Carrasquilla y quizá para algunos de sus coetáneos y discípulos, los años que van corridos desde que se domicilió en las moradas del silencio, y la fama y nombradía que aureolan su memoria, han contribuido seguramente a exaltarle como dechado de inteligencia conductiva, pero tal vez no han apurado la consideración lógicamente primordial que le es debida como hombre de finísimos sentimientos en quien la tersura del ingenio florecía al calor de los más notables afectos y se trasmutaba de vez en cuando en períodos cargados de emoción y de sinceridad que suspendían al auditorio. Si nos preguntáramos cuál fue el secreto de esta típica e inimitable elocuencia, de esta hermandad augusta entre la razón que domina y el sentimiento que seduce y subyuga, yo me atrevería a responder que todo ello era apenas un reflejo deslumbrante de una exquisita personalidad forjada desde muy temprano por convicciones tan nítidas como profundas y tan armónicas como avasalladoras. De ahí que fuera tan preciso como expositor y que fuera suyo el dón excelente de trabar las ideas, las imágenes, los afectos y las palabras de suerte que parecieran familiares a el alma de los humildes y preciosos en la comprensión de los entendidos. Pero además de este dón singular, Monseñor Carrasquilla disponía ampliamente de aquella virtud —última y victoriosa presea del maestro, según Marco Tulio— que conmueve o rinde el ánimo y los afectos de los oyentes y discípulos. De tanta virtud no es lo ordinario que queden rastros o testimonios en las obras supérstites del maestro, porque no está vinculada a esta o a la otra manera de decir, sino que las trasciende todas, y lo mismo puede vibrar subyugadora y urgente en la afirmación trillada e ingenua que en un período artística o genialmente elaborado. Lo cual no puede explicarse sino por el poderío del convencimiento personal y vivido.

En realidad, el magisterio no tiene más oficio que el de traspasar y aclimatar en los oyentes lo que el maestro posee con eminencia. Mas cuando digo “poseer con eminencia” entiendo cabalmente una idea, un pensamiento, una doctrina, una emoción o una imagen que no sólo están arraigados en sus respectivas facultades y potencias, sino que, por virtud de su misma intensidad y agudeza, dominan y gobiernan, impulsan y exaltan, engrandecen y subliman toda la vida del maestro, le dan un sentido y la sitúan en una posición de prepotencia racional.

Un convencimiento de este orden era sin duda el que animaba el magisterio de Monseñor Carrasquilla, y así puede comprobarlo directamente quien coteje la vida de Monseñor con sus palabras y descubra la pura e íntima concordia que reinó entre las unas y las otras. Y porque era de verdad un “convencido” de la doctrina católica y de su necesidad para los hombres, prodigó con idéntica facilidad y donosura su enseñanza a los auditorios más diversos y de condiciones más opuestas en punto de refinamiento y literatura. Las mismas frases que halagaban el apetito de cadencia y novedad en los muy versados en ciencias humanas y divinas, tenían virtud para entrárseles por el alma adentro a los muy rudos y para recapacitar a los distraídos. Lo cual significa que no hubo oyente de Monseñor Carrasquilla que no se sintiera ignorante y rudo e indigente, porque ante la simple verdad y ante el precepto categórico que vienen de Dios, no hay sabiduría que se envanezca, ni tosquedad que no se ablande y transfigure, ni indiferencia que no se avive y despierte. Y esa es precisamente

la causa de no poder deslindarse en los discursos de Monseñor los pasajes unguidos por la sublimidad, porque, con ser muchos, su eficacia dejó rastros indelebles, más que en el yerto impreso, en los repliegues y secretos de las conciencias que lo escucharon. Que es lo que acontece con toda elocuencia reformadora de la vida; y aun podría decirse que lo propio y específico de tal elocuencia es no poder archivar ni protocolizarse en las páginas de una antología, sino en las reconditeces de las almas que saben de la zozobra y del temor, del tedio y de la esperanza, del deleite que pasa y emponzoña y del ideal que vigoriza y permanece.

Maestro de verdades divinas en el púlpito y maestro de certidumbres filosóficas en la cátedra, Monseñor Carrasquilla dejó huella perenne en la jurisdicción del patriotismo que él, atento a las doctrinas de S. Tomás, consideró siempre y como por natural tendencia, afianzada en su sangre de próceres, no sólo como virtud sumamente racional, sino como florecimiento y expansión de la más alta y perdurable virtud cristiana que es la caridad. Vosotros fuisteis testigos del fervor y de la emoción, a veces desbordantes e imperiosos, a veces implícitos, y más urgentes cuanto más reconcentrados, con que hablaba de esta Patria, de sus próceres. Ni a ella ni a ellos los perdió nunca de vista porque sentía íntimamente el deber ineludible y sagrado de hacer grande, pacífica y próspera a la Patria y de inculcar con el ejemplo de sus héroes no sólo la admiración por las empresas geniales que se engastan en la épica de un pueblo, sino el anhelo de una vida personal virtuosa y honorable, diligente y activa, ajena de todo sentimiento ruin y acogedora de toda ambición justa: vida que tal vez carece de lustre inmediato, pero que, respecto de la Patria, hace el papel de la sangre limpia y sana que con ritmo arcano va discurriendo por el organismo corpóreo y lleva por todo él el temple generoso de la salud entera, la gallardía del movimiento y hasta el decoro del semblante. Notad ahora que esta dependencia intrínseca que existe entre la grandeza de la Patria y el ordenamiento intelectual, moral y social de cada uno de sus hijos es cabalmente una de las ideas primordiales que deben hacerse presentes a todo maestro o pedagogo, porque si la educación y la instrucción forman a los hombres de un país, esos mismos hombres y no otros son los que forman y conducen a la Patria. Así, para Monseñor Carrasquilla patriotismo y educación fueron dos términos indisolublemente unidos y necesariamente destinados a mantenerse en relación recíproca de fecunda causalidad, y por eso gastó su vida y prodigó su mente con la noble ilusión y el invariable empeño de que los jóvenes que guiaba fueran otro día “ilustradores de la República con sus grandes letras y con la integridad de sus costumbres”. Tal dijo Fray Cristóbal de Torres al asentar los cimientos espirituales de este Colegio Mayor, y esa idea, convertida en axioma, cobró esplendores de estrella directriz al domiciliarse en el ánimo de Monseñor y al pasar y repasar por sus labios transfigurada por una exégesis de esperanzas nacionales.

Y no era el amor patrio en Monseñor un mero afecto arraigado nada más que en el orden natural y terrestre: su alma sacerdotal, su augusta condición de ministro de Cristo, lo llevaron a buscar más hondos y divinos fundamentos a esa virtud que Cicerón apellidó con noble vocablo “caritas patriae”. De ahí la majestad, de ahí el vigor con que trataba y persuadía

las cosas que atañen a la Patria. Sabía, en efecto, que el amor al prójimo es mandato capital y supremo del cristianismo y que se deduce forzosa-mente de los dogmas de la creación y de la Redención, sabía que ese amor tiene que nacer como resonancia singular de la Voz omnipotente que hizo amanecer la vida racional en este mundo y de la Voz apremiante con que el Redentor definió quiénes serían sus discípulos genuinos; pero Monseñor sabía también que el corazón humano pierde en fortaleza lo que gana en extensión, por lo cual convenía que primeramente estuviésemos obligados a amar a los que nos son más allegados, a los que están unidos con nosotros por vínculos comunes de sangre y de suelo, de historia y tradición, de trabajo y de fe, de adversidad y de esperanza, a los que moran de asiento y como en casa propia, solar gentilicio y heredad permanente dentro de la líena sagrada que circunscribe el territorio de la Patria. Y sabía otra cosa, sabía que para el cristiano ha de ser opinión proscrita esa que pone al hombre delante de otro hombre como adversario cruel, regido por el egoísmo torpe y por la codicia utilitaria; sabía, en fin, que lo propio y específico del patriotismo cristiano es el hábito o virtud de ver en el hombre y señaladamente en el que la Providencia ordenó que fuese nuestro conciudadano, nada menos que a Jesucristo, Hijo de Dios. Juzgad ahora la intensidad de un patriotismo que se inspira en esta sobrehumana con-encontradizo Pablo de Tarso que pintaba al apóstol genuino como "varón poderoso en exhortar, según la doctrina sana y capaz de argüir con los que le contradicen...". Tan a pechos había tomado Monseñor estas normas y tan sustancialmente gobernaron su actividad que no es posible encontrar una sola página de las muchas que escribió sobre temas ajenos a la religión o por meros intereses de amena literatura, donde no aparezca explícita y serena alguna apología o glorificación del catolicismo.

Embargado por él y por su intrínseca sabiduría y belleza, reformadoras de los hombres, procuró que todos comprendieran y sintieran lo que él mismo comprendía y sentía; estimaba, en suma, que la gloria y el oficio de un maestro no consiste en humillar las inteligencias con la ostentación de un saber inaccesible, sino en alzarlas consigo y darles posesión entera de sus propias riquezas.

Parte y no secundaria ni de cortos alcances en la labor rosarista de Monseñor Carrasquilla fue su predilección por la doctrina de Santo Tomás de Aquino, propia y característica de este Colegio, según sus Constituciones. Al llegar aquí como rector ya la tenía muy aprendida y fue su padre, don Ricardo quien lo formó en ella muchos años antes de que León XIII la proclamase como filosofía sustantiva de la Iglesia. Por lo cual bien pudiera decirse que en lo tocante a la filosofía el Colegio del Rosario y Monseñor Carrasquilla estaban vinculados por una armonía preestablecida. Pero vicisitudes y calamidades de los tiempos, más el consabido vilipendio que en ese entonces imperaba, de la Edad Media en general y del escolasticismo en particular había, no digo empobrecido sino ahuyentado de estos claustros las preclaras enseñanzas de Santo Tomás que un día tuvieron aquí una de sus cátedras más autorizadas. Y ya supondreis con qué deleite intelectual y con qué ardimiento celoso se abrazaría Monseñor con la empresa de unimismarse con el genuino y tradicional espíritu rosarista para descubrir primero y convertir luego en luminar esplendoroso las pavesas del

tomismo que aun subsistían a manera de recuerdo histórico o tal vez de leyenda curiosa. Así estuvo soterrado por años y años el fuego misterioso de la Ley Antigua en escondrijo ignoto, hasta otro día en que el sacerdocio, guiado por Dios, lo encontró, al parecer extinguido, mas en realidad poderoso a revivir como llama triunfante en testimonio de adoración. No de otra suerte logró aquí Monseñor la restauración tomista que no sólo fue benéfica para la recta y sólida educación de entendimientos y voluntades, sino que fue también anticipo, nunca suficientemente admirado, de este impulso que mueve hoy a las inteligencias, aun a algunas no católicas, a buscar en Santo Tomás la solución de muchas cuestiones que han puesto en agonía a los pensadores trascendentales lo mismo que a los economistas y sociólogos. Cuando Monseñor Carrasquilla desentrañaba ante sus discípulos el hondo sentido de las frases, a primera vista tortuosas o enigmáticas del Aquinate, cuando procuraba por todos los medios al alcance de su ingenio infatigable hacer familiares y amables a los alumnos la serenidad y el equilibrio que campean en las dos Sumas, cuando, para hacer invencible el atractivo de Santo Tomás consentía en pasar del razonamiento desnudo a la recóndita poesía que también cultivó el Doctor Angélico, ah!... no sospechaba entonces que estaba adelantándose a este renacimiento escolástico que Gilson y Maritain acaudillan en Francia, que viciación. Juzgad cómo, en un ánimo tan generoso y excelso como el de Monseñor Carrasquilla cómo subirían de punto y se esforzarían hasta alcanzar los más altos acordes, los superiores talentos que lo aventajaron, y esto para servir y amar a los hijos de esta tierra bendita, diversos y distintos por sus circunstancias y condiciones personales, diversos también por sus maneras de pensar y sentir, pero conformes en el ser todos imágenes vivientes de Dios Encarnado. Ante esta conformidad y semejanza ¿cómo se esfuman aquellas diversidades, o, por mejor decir cómo no queda en el prójimo sino un trasunto venerando de Jesucristo que entre otros misterios, se mostró niño y joven hecho para adelantar en edad, sabiduría y gracia ante Dios y los hombres para darnos a entender cuánto se merece la juventud y cuáles son los fines y deberes del magisterio humano.

Ahondando algo más en la significación del nombre de Maestro y considerando cómo lo hizo suyo "par droit de conquête et par droit de naissance" en los 39 años que consagró a este Colegio Mayor, podría decirse que Monseñor Carrasquilla fue ante todo un servidor de las verdades eternas y que por amor a ellas pasaba de largo ante lo que apenas se le representaba como transitorio, arbitrario o meramente hipotético. Vosotros que le oísteis en su inolvidable cátedra de Metafísica, nosotros los que recibimos en el Seminario y por espacio de 4 años sus lecciones de Filosofía y Teología, creo que estamos de acuerdo al afirmar que lo primero que se notaba en su discurso era la nitidez de las proposiciones, el "lucidus ordo" de que hablaron los latinos, y esa disposición y enlace huérfanos de acicalamiento y ricos de armonía como sólo pueden crearlos los que están seguros de la verdad que anuncian y de la íntima sinceridad con que la profesan.

A Monseñor Carrasquilla le sobaban talentos para hombrearse con cualquiera de los más aventajados escritores y pensadores de aquel entonces (y entre ellos los hubo eminentísimos); hubiera podido acogerse a una

docta soledad y producir allí obras extremadas por la densidad de su materia o por el acopio de rudición. Pero sumiso al imperativo máximo de su vocación sacerdotal prefirió ahondar menos para comunicarse con todos, dejar lo recóndito para enamorar con la llaneza artística, despedirse de lo abstruso y abrazarse con la simplicidad genial que halaga a los sabios y a los ignorantes; a éstos porque les representa novedades, a aquellos porque los traslada del claro-oscuro de las lucubraciones complicadas a la claridad limpia y sincera de los axiomas, a unos y a otros porque les proporcionaba la ilusión de que estaban creando por sí mismos lo que iban recibiendo del Maestro. Tal fue su acción y tales los efectos de su inteligencia que llamaré sintética advirtiendo que lo fue en muy alto grado no sólo por fuerza de su índole sino también por disciplina voluntaria. Se la impuso, en efecto, para ser imitador de San Pablo cuyas son estas palabras: "Me tengo por deudor de sabios y de ignorantes, y soy todo para todos a fin de ganarlos a todos para Cristo".

De ahí provino que Monseñor Carrasquilla luciera más por la amplitud de su información que por el dominio en provincias remotas del conocimiento. Su oficio y ministerio sacerdotales y la idea que siempre tuvo del apostolado, le exigían una versación general que le habilitara para adoctrinar a grandes y a pequeños, a peritos y a simples aficionados, con cualquiera ocasión, y lo mismo de palabra que por escrito. Y de nuevo se nos hace traslada, en múltiples ediciones novísimas, el latín medioeval de Santo Tomás a las lenguas corrientes, que lo comenta y vindica por boca de Marc Van Doren en la propia Universidad de Columbia, que se sirve de Merton para popularizar al de Aquino en los Estados Unidos, y que dirige a Ignacio Smith en su copiosa y erudita investigación acerca de los principios tomistas que se registran en la legislación norteamericana.

Amaba Monseñor Carrasquilla a Santo Tomás de Aquino por ese su empeño de poner en contacto la razón humana y la revelación divina a fin de que la razón ensanche y asegure sus dominios con las certidumbres de lo eterno, y de que el Verbo de Dios tenga en la lucidez racional un mensajero que lo anuncie y prepare sus caminos. Y lo amaba también a causa del método que fue predilecto de Santo Tomás y que consiste en oponer la negación motivada a la afirmación autorizada y resolver el conflicto resultante merced a la demostración progresiva. Método es éste que algunos han pretendido asemejar, no sin grave confusión, al proceso de la tesis, la antítesis y la síntesis, y que otros, más poetas que filósofos, han solido estimar como esbozo de unos trílogos que por su meollo y sustancia, y por la vastedad de sus asuntos aventajarían a los platónicos. Mas para Monseñor el secreto de aquel método estaba en otra parte; estaba en el hecho de que para hacer eficaz la enseñanza y fructuosa la controversia procede ante todo hacerse uno cargo de la posible impugnación, cotejarla en seguida con la doctrina auténtica, y resolver luego la disonancia en un acorde de reposo que es la cumbre de la demostración. Así lo acostumbró siempre Monseñor Carrasquilla, y esta creo que fue la "ultima ratio" de su pedagogía maravillosa: a imitación de Santo Tomás veía en ese método una huella y vestigio de aquel otro inefable camino por donde Jesucristo nos salvó, abajándose primero al conocimiento de las ignorancias y descarríos humanos, oponiéndoles el dictamen de la sabidu-

ría celestial, y tendiendo entre estos dos extremos el puente de la gracia que para la inteligencia es luz y para la voluntad amor y fortaleza.

Valga lo dicho como una humilde tentativa de señalar, y muy de lejos, lo que pudiera llamarse "forma intrínseca" del magisterio de Monseñor Carrasquilla. Perdonad ahora que sin transición os recuerde su solitud por lo que atañe a la sede material de su enseñanza.

Como varón calificado por un admirable consorcio de la visión puramente intelectual y del talento certeramente práctico, Monseñor descendía con gentil desembarazo del Tabor donde se afina la primera, al suelo donde tiene que ejercitarse el segundo en pro de inaplazables menesteres. De ahí la obra memorada que realizó a nuestros ojos en este Claustro, obra material por su objeto, pero enderezada a fines de superior transcendencia. A su advenimiento como rector halló el Colegio dismantelado y pobre; con esfuerzo ingente lo sacó de esta condición abatida y apenas comenzaban a prosperar sus anhelos cuando vinieron sucesivamente dos rachas de contiendas civiles a desbaratarlos, de tal suerte que hubiera podido hacer suyas —y con creces— las quejas que por allá en 1695 el rector don Andrés del Río propuso al Presidente Cabrera; "a punto estamos de cerrar esta casa que ha sido una de las que más han ilustrado este Reino... sólo me queda en pie el aula de filosofía, la capilla está caída y el claustro a pique de desplomarse". Pasada la guerra civil, Monseñor Carrasquilla acometió una vez más la empresa de salvar el Colegio y fue entonces cuando su celo infatigable convirtió las ruindades pretéritas en la apoteosis que ofreció a Fray Cristóbal de Torres con la inauguración de su estatua. Pero siete años más tarde tornó a aposentarse aquí una calamidad desoladora traída inopinadamente por los terremotos. Y de tamaña adversidad que hubiera puesto final desesperanza en muchos ánimos valientes, no subsistió sino la entereza indecible de Monseñor que hizo renacer de sus ruinas el Colegio y le devolvió con aumentos su tradicional decoro. Esto que tan someramente os refiero sirva para ilustrar el temple magnánimo que fue propio de Monseñor Carrasquilla y su amor victorioso a la Fundación de Fray Cristóbal. Y sirva también para refrendar un dictamen del Maestro, dictamen que, así como fue valedero ayer, lo será asimismo, con el favor de la Bordadita, hoy y mañana: no es este Colegio un monumento inmóvil, destinado solamente a desafiar los tiempos en una forma idéntica, como la esfinge o las pirámides, sino un organismo viviente que mantiene su substancia y muda su apariencia. Tal es la ley del crecimiento.

Señores: aún me queda por decir cuál fue la obra luminosa y estimulante y sobremana fecunda que realizó Monseñor al restaurar las Facultades de Filosofía y Letras y la de Jurisprudencia, pero ni el tiempo ni las fuerzas me lo consienten, ni el fundado temor de fatigaros me lo permite. Voy, pues a concluir. En esta vigilia de su tercer Centenario, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario ha querido inaugurar un sepulcro que guarde los restos mortales del varón preclaro que fue su conductor y su maestro. De lo más íntimo del corazón nació esta idea, y el corazón es quien ha cuidado de darle realidad, y de dictar esta inscrip-

ción votiva que audazmente pretende reseñar la vida de quien "por haber enseñado a muchos la justicia, brillará como estrella en perpetuas eternidades:

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario
Venera en este sepulcro las cenizas
de su Rector incomparable
Monseñor Rafael María Carrasquilla
que nació el 18 de Diciembre de 1857
y murió el 18 de Marzo de 1930
Presidió este Claustro por 39 años
restauró los estudios de las letras
y de la Jurisprudencia
Enseñó la filosofía cristiana
con palabras y ejemplos de pulcritud excelsa
y enaltecido por la Iglesia y por la Patria
dejó nombre inmortal
que los alumnos rosaristas
glorificarán perpetuamente.

Laus Deo.

En el Aula Máxima del Colegio, dando respuesta a las palabras con que el Señor Rector ofreció el homenaje a José Celestino Mutis y a los Catedráticos del Colegio, el Señor Doctor y Colegial Arturo C. Posada pronunció el siguiente discurso.

Ilustrísimo Señor Rector, Señores Consiliarios, distinguidos catedráticos de la Facultad de Jurisprudencia y bachillerato, respetable Claustro, señores:

Si una insinuación del señor Rector no constituyera una orden para quien ha sido favorecido con su confianza, estimación y distinciones, desde luego inmerecidas, no se explicaría que en acontecimiento tan solemne, como el que celebra en estos días el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, fuera el último de sus colaboradores, quien, al lado del maestro de la palabra, la elocuencia y el saber, llevara, con honra sin igual, la voz de los catedráticos en este homenaje que el Claustro rinde al sabio y maestro Don José Celestino Mutis y al profesorado rosarista; pero de los pequeños se vale Dios para exaltar el valor de los grandes, y en las efemérides de familia el corazón no necesita de los oropeles literarios sino de la sencillez y espontaneidad.

Ante la admiración que causa el espectáculo de que esta institución, la única en Colombia, haya alcanzado, plena de juventud y lozanía, una existencia de trescientos años, el observador se pregunta atónito de dónde proviene tal poder de longevidad, y no puede hallarlo sino en la asistencia divina que guía y conserva las obras humanas, especialmente las emprendidas para gloria suya y difusión de su doctrina; en la protección que su Madre Amantísima le dispensa como Patrona; en la visión, sabiduría y espíritu del Fundador; en la consagración y celo de aquellos rectores, que, más compenetrados con él, no sólo han proseguido su ejemplo, sino que han perfeccionado y ensanchado sus planes; y en la colaboración abnegada y constante del profesorado de todas las épocas por la formación de generaciones que han sido dechado de virtudes y servidoras de la patria.

Cuando Fray Cristóbal de Torres, el austero religioso dominico, el Crisóstomo de las Cortes españolas, desvivido por propagar con el influjo de su palabra la devoción del Rosario, el sacerdote que llevó con toda dignidad la investidura arzobispal de Santa Fe, dispuso que su Colegio fuera un Seminario de la Filosofía de Santo Tomás, le imprimió el sello indeleble de la catolicidad que se traduce principalmente en la fe en Dios y en el amor a su Santa Madre.

Por eso, en su tricentenaria vida, salvo transitoria época de desvíos, que ojalá no vuelvan, ha sido un templo de adoración a Dios y un centro de defensa y confesión de las verdades cristianas. De ahí por qué en la promesa evangélica de reconocer ante su Padre a los que lo confiesan delante de los hombres, se esconde el secreto de que haya cuidado de esta casa de su fe, asistiéndola en las incomprensiones que le surgieron aún en vida de su egregio Fundador, de las ambiciones que la rodearon a su muerte, de los embates que la misma naturaleza ha descargado contra ella repetidas veces, de la penuria a que la pobreza de la época y los despojos de sus bienes la tuvieron sometida; de los varios desconocimientos de su autonomía, razón y esencia de su ser, con que la probaron engañosos planes de educación universitaria. Pero sobre todas estas incomprensiones, vicisitudes y contradicciones, la mano pródiga de Dios ha conducido a esta Alma Mater para ofrecérsela hoy, floreciente y con mayores bríos para la noble misión que le está encomendada.

Como mediadora de tantos favores y gracias, en el altar de la Capilla y en el corazón de los rosaristas, se ostenta nuestra excelsa Patrona, La Bordadita, hecha por manos reales, ante la cual se han prosternado tantas edades de estudiantes, y cuya devoción es la lámpara votiva que ilumina, alienta y consuela nuestros hogares.

El Maestro Fray Cristóbal de Torres, el más sabio de los prelados que nos envió España, poseedor de una caridad que no hubo necesitado al cual no aliviara, con la intuición del genio que mira a edades lejanas, fundó este Colegio Mayor delineando él mismo los planos y dirigiendo los trabajos hasta casi terminarlos, para infundir más su memoria en la contextura del edificio que por eso se conserva, cuida y venera como reliquia sagrada. Seleccionó, también en persona, de todas las comarcas del virreinato los primeros quince colegiales con que abrió las tareas; los distribuyó en las diversas disciplinas, y los consagró él mismo, como símbolo de la cultura nacional que soñaba, la cual ha cumplido siempre nuestro claustro, porque en todos los tiempos ha dado albergue a los hijos de los varios departamentos, y ha repartido entre ellos sus colegiaturas y favores, razón por la cual los rosaristas forman una familia esencialmente colombiana. Con la generosidad de un "Mecenas de la inteligencia" dotó la fundación de bienes y rentas abundantes que aseguraron su holgada existencia, para señalar el desprendimiento y desinterés que debía distinguir su educación, la cual, en vez de lucrar y atesorar, ha preferido facilitar la enseñanza, dotarla mejor y extenderla más. Finalmente, le dictó las sabias constituciones que, no obstante el régimen de monarquía absoluta imperante, establecieron un gobierno democrático en el Colegio, el cual, por la influencia que aquellas ejercieron en la juventud que se lanzó a la gesta magna, y las teorías jurídicas de que aquí se nutrió, se considera y denomina con justa razón, la cuna de la República.

He aquí cómo el espíritu del Fundador, informado por el desinterés en la educación, el amor a la patria, la difusión de la doctrina católica y tomista y el fiel cumplimiento de sus constituciones, es uno de los baluartes que han sostenido el Colegio en su peregrinar de tres siglos.

Ochenta rectores han traído hasta hoy el gobierno de esta mansión; todos, en la escala de sus capacidades y medios, han dejado su contingente en la guarda de ella, y a todos les debemos alabanza, gratitud y admiración; pero éstas corresponde en el más alto grado a los cuatro mayores que la historia del Colegio tiene colocados en el sitio de honor a que los han hecho acreedores su afecto y completa dedicación a él, los grandes servicios que le han ofrendado, las obras que han realizado y las enseñanzas y ejemplos que en él han dejado.

Ocupa la prioridad en el tiempo D. José Miguel Masústegui, ibagueño, prototipo de bondad y saber, que desde muy temprana edad recibió la investidura de Colegial y fue eximio profesor de decretales y matemáticas. Las excelentes dotes de gobierno que demostró en el vicerrectorado y la simpatía que despertó entre los estudiantes, lo hicieron llamar por cuatro veces a la sede rectoral. En ella, de sus propios haberes construyó el tramo oriental del edificio derruido por un terremoto; le adquirió heredades contiguas que hoy contribuyen a su economía; intensificó la inquietud y rendimiento que Mutis había infundido en las cátedras; defendió con entereza ante la Corte la existencia del instituto, amenazada por el plan de estudios de Moreno y Escandón; con repetidas y largas donaciones en vida, solventó las estrecheces en que languidecían las aulas, y, al morir, cargado de años, merecimientos y veneración, a imitación de su Maestro Fray Cristóbal de Torres, entregó al Colegio toda su fortuna, en cuantía tal, que aseguró su sustento por dilatados años. Generosidad sin par, fruto de un verdadero amor al Claustro, mereció que se le llamara el Segundo Fundador, y que su recuerdo ocupe puesto preferente en el pecho de los rosaristas.

Uno de los sucesores le dio su nombre a una de las aulas de clase, y la preside su retrato que con el que allí véis, exhibe la beca blanca y trasluce en su semblante la bondad y la rectitud de una vida galardonada con una de las más altas dignidades eclesiásticas.

Un noble y linajudo santafereño, vástago de familia vinculada al Rosario por servicios en la regencia y en las cátedras, y al virreinato por mercedes sociales, ocupó la rectoría en las postrimerías del siglo diez y ocho y comienzos del siguiente. Discípulo y Vicerrector de Masústegui, colegial, doctor en Teología y derecho canónico, y profesor de matemáticas y latinidad, D. Fernando Caycedo y Flórez fincó la norma de su dirección en la observancia de las constituciones como medio de conservar el orden, la paz y la tranquilidad de sus hijos, y en "cuidar de ellas como de un precioso depósito que ninguno de sus individuos se ha dado jamás tocar en la menor cosa faltando a su observancia". En la realización de tan dignos propósitos, le correspondió reedificar una parte de los claustros destruida por nuevas acometidas sísmicas; cumpliendo la voluntad del Fundador, trasladó sus cenizas de la basílica a la Capilla del Colegio en ceremonia que jamás había presenciado Bogotá.

La ansiedad de saber, traída por Mutis, había llegado a las disciplinas jurídicas en las cuales el origen divino de los reyes comenzaba a desplazarse por la doctrina de los derechos del hombre y el ciudadano, que se esbozaba como nuevo soberano. Cundió la intranquilidad en la Corte

virreinal y vinieron requisas, encarcelamientos y requisitorias que originaron repetidos reclamos del Rector Caycedo y Flórez en defensa de los colegiales y de las preeminencias del Claustro. Para concluir su gobierno, intensificó su viejo empeño porque, al lado de las facultades de derecho y ciencias eclesiásticas y de la escuela de matemáticas y filosofía, se le otorgara al Rosario abrir las cátedras de Medicina, Química y Botánica que señalaran nuevos campos a la juventud, remediaran tantas enfermedades que agobiaban a los granadinos, y se conocieran las riquezas de nuestro suelo. En gratitud de los bienes espirituales y materiales que sus ejemplares rectorados dejaron al hogar rosarista, sus gloriosos apellidos, grabados en piedra, decoran otro de los salones de clase, y en este grandioso recinto, ocupa puesto de honor su venerable efigie, con la cual se enaltece al Rector Magnífico, al prócer que en largos años de ostracismo y prisión demostró su amor a la patria, y al primer arzobispo de la República que monumentos perdurables dejó a la Iglesia.

Al finalizar el siglo pasado llegó a la silla rectoral el doctor y prudente sacerdote que había de ocuparla por el período más largo y fecundo que registran los anales de la institución. No obstante el prestigio que le daban sus dotes de erudito literato, filósofo, orador sagrado elocuentísimo y eminente educador, Monseñor Rafael María Carrasquilla quiso, para asumir el gobierno, que en acto presidido por el Patrono se le impusiera la beca de Colegial, en el cual prestó la solemne promesa de profesar la fe católica, enseñar la filosofía según la mente de Santo Tomás, cumplir y defender las constituciones del Colegio y las leyes de la República, hermoso compendio de lo que fueron sus ocho lustros de rectorado. Su vida de ejemplar virtud, sus oraciones sagradas, tesoros de arte literario, son una apología de la Iglesia y un himno incesante a la gloria de Dios; su amor al Colegio lo puso al lado del que mantuvo por sus ilustres genitores, la patria y los próceres más excelsos; por él profirió la insignia de Calatraba a la dignidad episcopal que se le ofreció en la plenitud de su existencia. Hizo devolver al Rosario la autonomía que hacía años le había sido arrebatada; reformó las constituciones en lo que la época imponía; restableció la facultad de jurisprudencia, que en su nueva etapa se acerca a los cincuenta años con frutos que se imponen en todas las ramas del gobierno y la sociedad; fundó la Facultad de Filosofía y Letras que formó esa legión de escritores, maestros, historiadores, lingüistas, filósofos y poetas que han acrecentado el venero de las humanidades; construyó alojamiento para estas dependencias; como lo dice su frase lapidaria "de las ruinas a que lo redujeron los temblores de 1917" hizo renacer el claustro antiguo en homenaje a la juventud estudiosa; para solaz y recreación de ella adquirió la heredad en que levantó la quinta que dedicó al sabio Mutis. Pero por sobre todos estos hechos, están las sabias lecciones que dictó hasta ya muy cercana su muerte, y el ejemplo de sus actos como sacerdote y como patriota, que perdurarán más que aquellas, más que la placa, donde en período ciceroniano su digno sucesor trazó los rasgos característicos de su personalidad; más que el bello monumento que con pieza profunda y grandiosa acaba de erigirle él mismo en la capilla para guardar sus despojos mortales; más que el bronce en que pronto lo veremos con toda la expresión de santidad, ciencia, bondad y elocuencia que le fueron propias.

La vacante que el Gran Maestro, Monseñor Rafael María Carrasquilla, dejó a su deceso, no podía llenarse sino con quien reuniera la inteligencia, la ilustración, los méritos, las dotes de educador y el aprecio al Colegio de que él había dado tan copiosa demostración. Una elección unánime consagró vuestro nombre, Ilustrísimo Monseñor Castro Silva, que ya en las postrimerías de vuestro antecesor, a pesar de nuestra ausencia del país, bullía en el pecho de superiores, colegiales y catedráticos. Al brillo de un noble linaje, unís esa clarísima mente con que Dios quiso dotaros; esa erudición pasmosa con que venís enriqueciendo los cerebros de vuestros alumnos en las altas letras que honráis desde hace cuarenta años; ese don divino de la palabra que en el púlpito así arrebató los corazones ante la contemplación de lo grande y bello como los hace compungir con el espectáculo de las miserias y el dolor humanos; esa bondad del alma lista sólo a hacer el bien, que es el imán poderoso con que el formador se gana la estimación y confianza de sus hijos; ese dominio de la filosofía que os permite adentraros a parangonar las enseñanzas escolásticas con las teorías de los filósofos antiguos y modernos.

La prestancia que os ha dado ese caudal de ciencia, y la veneración y acatamiento que imponen vuestra carrera sacerdotal, la entrega total al Claustro del Rosario, son la razón de que en ocho períodos consecutivos, en forma unánime y con satisfacción general, los electores os hayan obligado a manteneros en la rectoría durante veintitrés años, el lapso más largo después de Monseñor Carrasquilla.

Medidas sabias y prudentes restablecieron la disciplina un tanto quebrantada por las crisis que en las instituciones humanas causan el declinar y la desaparición de los grandes. Para un conocimiento indeleble de los próceres, mártires y prohombres rosaristas y de los valores universales, habéis esculpido en piedra blanca sus gloriosas hazañas y sus hechos memoriosos. Cuánta historia viva, cuántas enseñanzas sabias y cuántos ejemplos reconfortantes no se llevarán las juventudes que, en su peregrinar por este santuario, se detienen una y otra vez a leerlas, aprenderlas y meditarlas.

Las crónicas del Colegio dormían en polvorosos y desordenados anaqueles; vuestra iniciativa y criterio las confiaron a la investigadora, documentada y amena pluma, del historiador, catedrático y colegial D. Guillermo Hernández de Alba, a quien los rosaristas piden las corone muy pronto con las que tocan al siglo pasado. Adecuando la Quinta de Mutis a las urgencias docentes, abristéis en ella estudios preparatorios y de bachillerato que ya no hallaban espacio aquí. El ritmo de crecimiento que lleva la nación y el rendimiento cultural que le pertenece al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, para conservar la influencia y prestigio ideados por el Fundador, os indujeron, con la colaboración de los señores consiliarios, a levantar en los extensos terrenos de la Quinta de Mutis esa grandiosa construcción, llena de luz, de aire, de comodidades y apacibilidad, donde quinientos rosaristas habrán de corresponder a vuestras inquietudes y a las esperanzas de la República.

Coronación de tantas realizaciones, la más cara a los hijos del Colegio, la ofrecéis en la restauración de este santuario de tradiciones, enseñanzas y recuerdos. El documentado artista, Maestro Acuña, ha realizado el mi-

lagro de trasplantar con superación, al viejo caserón santafereño la majestad, la belleza y el colorido del Colegio Mayor de Salamanca, en que se inspiró nuestro Ilustrado Fundador.

Si nos fuera dado que, con ocasión de estas solemnidades tricentarias, el Ilustrísimo Arzobispo de Torres, y sus rectores Masústegui, Caycedo y Flórez y Carrasquilla se levantaran del sepulcro, a acompañarnos en ellas, al contemplar que su Colegio ha alcanzado esplendores que ellos quizá no soñaron, no podrían menos de experimentar una íntima complacencia, de daros su enhorabuena, de estrecharos efusivamente, de colocarnos en aquel sitio de distinción que os tienen preparado vuestros grandes merecimientos, y de pedirnos con un excelsior, que déis cima a todos vuestros proyectos que garantizan la perennidad de la fundación.

Con este homenaje a los profesores de la Facultad y Bachillerato, el Colegio reconoce la trascendencia que la silenciosa pero indispensable tarea docente significa para la supervivencia de él. Porque, qué sería de este histórico edificio, artísticamente restaurado, rico de muebles, gabinetes, laboratorios, biblioteca, monumentos, pinacotecas, sin la cooperación del profesorado? Un cuerpo inerte al que faltaría el hálito vital; un campo erial, triste y silencioso, un bello museo que hablaría de las cosas idas o muertas, de los hechos pretéritos, pero sin resonancia en la vida social, sin proyecciones en el futuro.

Por la misma razón, con honor el más grande e inmerecido, y con un profundo significado, se ha asociado en el homenaje la memoria del Sabio D. José Celestino Mutis, a quien nuestro muy Ilustre Rector, en panegírico propio de labios ungidos, lo ha exaltado una vez más como al maestro de los maestros, como el paradigma de los que se dedican a la ilustración de la juventud. A esa nobilísima misión debidamente encaminada, de la cual pende el progreso y transformación de los pueblos; a cuyas aras no se llega sino con intención pura y corazón recto en busca de inteligencias que iluminar y voluntades que educar; que exige ánimo denodado y fuerte que no hieran las ingraticudes e indiferencias que crecen abundantes en su estrecha heredad; que impone la inmolación continua de días, meses y años; a esa faena, que, puede decirse, no lleva consigo sino deberes, dulcificada únicamente por la convicción de que se cumple una misión divina y patriótica, y reconfortada con la satisfacción íntima de haber contribuido a cumplir la finalidad que Fray Cristóbal de Torres le fijó a su Colegio: "sacar varones insignes, ilustradores de la República con sus grandes letras y con los puestos que merecerán con ellas, siendo en todo el dechado del culto divino y de las buenas costumbres conforme al estado de su profesión".

Con la rectitud, el desinterés, el sacrificio, justicia y consagración, propias del verdadero magisterio, han enseñado aquí y participan por derecho propio de esta alabanza:

Francisco José de Caldas, Camilo Torres, Domingo Caycedo que de las salas de clase pasaron a ratificar con su sangre las enseñanzas que en ellas esparcían.

Ignacio de Herrera y Vergara y José María del Castillo y Rada que del destierro y el presidio, sonado el toque de la victoria, regresaron a sus cátedras a continuar por el resto de vida las lecciones de derecho y hacienda pública.

Eloy Valenzuela, el primer ayudante de Mutis en la Expedición Botánica, y Fernando Vergara y Caycedo, señalado por el mismo sabio para sucederle en la difusión de las matemáticas y la física.

Tomás Núñez Conto, "hombre de vasta ilustración, inquebrantable honradez y elocuente expresión", explicó a Santo Tomás de Aquino y nos legó la mejor biografía del Fundador.

Ezequiel Uricoechea, quien enalteció aquí las Ciencias Naturales, y pasó a la Universidad de Bruselas a ocupar por oposición, y como el primer hispanoamericano, el profesorado de lengua árabe.

Juan Agustín Uricoechea, que por años compartió las ocupaciones de la magistratura con la docencia en nuestra Facultad, donde además fue Rector.

Nicolás Esguerra, "cumbre de la Justicia", cuya existencia fue "La personificación de la probidad profesional, política y social", sirvió con su ejemplo y su saber a la juventud rosarista.

Liborio Zerda, el sabio que consagró su vida toda a la ciencia y al magisterio, y dejó el más alto ejemplo de patriotismo y desinterés por la pobreza en que murió.

Miguel Antonio Caro, Marco Fidel Suárez, Miguel Abadía Méndez, Carlos Martínez Silva, Carlos Cortés Lee, Antonio Gómez Restrepo, luminarios de primera magnitud en el cielo colombiano, reflejaron su luz indecible sobre los claustros de Cristóbal de Torres y de Carrasquilla.

Jenaro Jiménez, Diego Rafael de Guzmán, Roberto Cortázar, Antonio Otero Herrera, Gerardo Arrubla, Francisco M. Rengifo, Arturo Acuña, Juan B. Magot, Antonio María Barriga Villalba, Alvaro Sánchez, Demetrio Méndez Roza, Fernando Sarmiento, y tantos otros que no caben dentro de los reducidos límites de un discurso, presidieron las clases donde se ha propendido siempre por la pureza y esplendor de la lengua, la elegancia y elevación del estilo, el cultivo de la literatura y la formación clásica, que sigue siendo la nota distintiva de los pueblos más cultos y civilizados.

José María González Valencia, Hernando Holguín y Caro, Julián Restrepo Hernández, Esteban Jaramillo, Juan C. Trujillo Arroyo, Pomponio Guzmán, Emilio Suárez Murillo, Nicazio Anzola, Carlos Lozano y Lozano, José Antonio Montalvo, Alberto Goenaga, Darío Echandía, Miguel Arteaga, Eduardo y Alberto Zuleta Angel, ausentes los más por la eternidad, otros por el espacio y el retiro, todos honran y enaltecen con su sapiencia, probidad, rectitud y prestigio, la Facultad de Jurisprudencia, y sus dictados ejercerán por mucho tiempo influjo benéfico en la marcha de la República.

Continuáis esta honrosa lista, todos vosotros, señores Catedráticos de la Facultad y Bachillerato, a quienes el Colegio expresa su agradecimiento, porque con vuestra adhesión a su espíritu, constituís otra de las columnas de su perpetuidad y, porque, actualizando las palabras del sabio Mutis, al agradecer hoy hace ciento cuarenta y dos años la beca de colegial que Caycedo y Flórez le concedió en recompensa de sus desvelos, os cabe decir: "todo el mérito de ellos previene de haberlos consagrado a la ilustración de la juventud colombiana y al beneficio de la patria".

Permitid, ahora, que unidos vosotros y yo, presentemos al Ilustrísimo Señor Rector la expresión de nuestra gratitud imperecedera por la participación que en este homenaje nos ha correspondido; que bendigamos a la Providencia divina y a La Bordadita que tan pródicamente han abierto e iluminado los senderos del Colegio en su larga peregrinación; que alabemos la visión, la sabiduría y el desprendimiento que guiaron al Arzobispo Fray Cristóbal de Torres en la fundación de su obra imperecedera; que admiremos la generosidad de Masústegui, el celo y el patriotismo de Caycedo y Flórez; que ensalcemos la incomparable obra educativa del Gran Maestro, Monseñor Carrasquilla, y que os presentemos a vos, Muy Ilustre Señor Rector, nuestros cálidos parabienes por el desarrollo y florecimiento en que presentáis el claustro, en feliz hora confiado a vuestra sabia dirección, el que esperamos alcance la duración que Dios le tenga señalada a Colombia.

Breves palabras con que el doctor Ferruccio Lolli, profesor de Ciencias Físicas y Químicas se dirigió a los rosaristas en nombre de los profesores de bachillerato.

Como profesor extranjero, que quiere a este Colegio como a su segundo hogar, en una tierra que quiere como a su segunda patria, me permito decir unas pocas palabras de júbilo en el día en que asisto conmovido y admirado al tricentenario de este Claustro.

Tres siglos de historia de la más fecunda, tres siglos de progreso, tres siglos a través de los cuales han pasado por el Colegio Mayor del Rosario, próceres y pensadores y científicos que han sido forjadores de la patria y cultura colombianas.

Trescientos años: un historiador puede decir que es poco con respecto a los once siglos de la Universidad de Pavia o a los siete de la Universidad de Padua, pero el escritor de historia no es un científico: un número absoluto no tiene gran valor; lo que cuenta es la relación. Trescientos años en una tierra cuya civilización comenzó hace 460 años, a partir del descubrimiento de América, es muchísimo más que once siglos en tierras lejanas en que los estudios tienen más de dos mil años de vida.

En estos once siglos de la Universidad de Pavia en que ha comenzado a desarrollarse la lucha entre la cultura germánica y la cultura romana todo hombre de ciencia, todo filósofo, todo conductor ha agregado un peldaño a los conocimientos que tenían los predecesores; aquí no ha sido un peldaño sino una escalera creada de la nada, para alcanzar, en pocos siglos, el mismo progreso que allende los mares han obtenido después de milenios. Además hay que observar que el adelanto rápido, enérgico, activo que se ha realizado y que se realiza aquí tiene valor excepcional si se piensa en los esfuerzos titánicos necesarios para vencer climas adversos, terrenos ásperos, fuerzas ocultas que a veces parecen insuperables.

La mayor parte de estos pioneros, el número más grande de pensadores, escritores y científicos que ha tenido nuestro país (déjenme decir **nuestro** por sentir hacia Colombia el mismo sentimiento que tienen ustedes) han estudiado o han enseñado en este plantel del cual me siento orgulloso de formar parte.

No es un discurso lo que quiero hacer, por lo tanto no agrego más, sino que termino con un **Hosanna** a Colombia y a su Presidente, un **Hosanna** al Colegio, y de manera particular, un **Hosanna** a su Rector Monseñor Castro Silva, quien tiene el preclaro don de emitir de su cerebro y hacer emanar de su alma corrientes avasalladoras, que captadas por los jóvenes, los empujan al bien por el progreso de la patria.

El señor Vicerrector Presbítero doctor Marco Tulio Cruz Díaz, pronunció la siguiente oración en el homenaje rendido por el Colegio a la "Bordadita", acto con el cual se dio comienzo a las festividades del Tricentenario.

Nada más justo ni razonable habríase podido pensar para el comienzo de estas festividades centenarias que el rezo del Santo Rosario. Si hay un acto auténticamente tradicional en este Colegio Mayor es precisamente la recitación de esta plegaria que tan íntimamente nos une con el Cielo y hace descender de allí tantas gracias y tan patentes misericordias.

Hace trescientos años se vienen recitando las mismas preces en esta casa de Dios, al pie de la misma imagen bendita, con idéntico fervor y no desfallecida insistencia. Mientras el Colegio abraza a sus hijos debajo de sus muros, se levanta siempre de los labios de aquéllos y de su corazón el monocorde y sencillo himno de alabanza y súplica a la Madre de Dios. Y no cansa ni hastía, porque en los hijos del Rosario nunca hace falta el amor hacia su Madre, La Bordadita; ni en esta Divina Señora sus labios dejan nunca de sonreírles, ni su corazón de palpar por ellos, ni sus manos se fatigan de bendecirlos y colmarlos de larguezas.

Es la oración cotidiana que nos enseñó nuestra madre de la tierra, desde cuando nuestra razón comenzó a comprender que hay un Dios en el Cielo y que para alcanzar un sitio en él necesitamos de la intercesión y ayuda de María, que no sólo nos ama, sino que vigila nuestros caminos en la vida e intercede constantemente cerca de la majestad santa de Dios.

Oración que nos recomienda la Iglesia como eficaz remedio en nuestras continuas necesidades y peligros, estímulo en el trabajo, solaz en las negras horas de dolor y real consuelo en los contados instantes de bienestar.

Oración, en fin, que el Fundador dejó prescrita para ser recitada todos los días como un acto que formase parte de la disciplina del Colegio, o mejor, como el espíritu y la esencia misma de las Constituciones rosaristas.

Mas señores, para tener hoy el honor de hablaros desde esta sagrada cátedra, ilustrada por varones esclarecidos por su ciencia, y grandes por sus virtudes y sus méritos, el único título que tal vez pudiera reclamar para mí sería el de mi amor humilde pero ferviente a la que aprendí a invocar desde pequeño y a mirar como tierna Madre desde los años de mi infancia. Sucede a veces que en la ejecución de una formidable sinfonía se callan de repente las voces principales para dar lugar a una humilde y escondida en que quizá nadie había parado mientes. Y cuando

ésta ha terminado su desabrido son, irrumpen de nuevo todas, y entonces de la majestad de éstas y de la humildad de aquélla se produce un efecto sorprendente que redunde en belleza de todo el concierto. Así acontece hoy. Han callado por un momento las gargantas de oro que han dicho desde aquí las alabanzas de la ínclita Virgen del Rosario, y me toca ahora dejar oír mi menguada voz que quizá no produzca otro efecto que hacer resaltar aún más las armonías de los óptimos cantores. Pero al hacerlo me atrevo a juzgar que no le doy poco a mi Madre, pues le ofrezco de corazón cuanto tengo y cuanto puedo.

Y más bien que hablaros, os convido a meditar, a recogeros dentro de vuestro interior a hacer una fervorosa oración que brote del alma, como la hicieron los Apóstoles reunidos en el Cenáculo, bajo la mirada amorosa de la Virgen. Quisiera meditar con vosotros lo que significa la misión de María en la vida de la Iglesia, y lo que ha significado siempre, especialmente bajo su advocación del Rosario, en este Claustro tradicional y venerable.

I

En la economía de Dios la Virgen Santísima ha sido llamada a desempeñar un papel trascendental. Acaba de caer el hombre en desgracia divina por su desobediencia y orgullo. Después de fulminar el Señor Dios las más terribles maldiciones sobre el primer hombre y la primera mujer, dirigiéndose al demonio, le dice: "Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya; Ella quebrantará tu cabeza y tú andarás acechando a su calcañar". (Gen. 3, 15). Desde el principio de los tiempos da Dios a los hombres la primera esperanza de rescate: como la mujer había sido ocasión de ruina para el hombre, también debía serlo de salud y recuperación.

Se suceden los siglos, y para que Israel, depositario de los oráculos divinos, no vaya a olvidar la antigua promesa, como la han olvidado ya los demás pueblos, le habla Isaías de esta manera: "Sabed que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y su nombre será *Emmanuel*, o sea Dios con nosotros". (Is. 7, 14).

Por los mismos tiempos envía Jhawé a su pueblo otro profeta a fin de que le anuncie que ese Emmanuel ha de nacer en Belén: "Y tú, Belén, llamada Efrata, tú eres pequeña respecto de las principales ciudades de Judá, pero de tí vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fue engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad". (Miq. 5. 2).

Y finalmente, cuando llegó la plenitud de los tiempos, un Arcángel, de aquellos siete que rodean el trono de Dios, trajo del Cielo un mensaje divino a la escogida por el Señor, y presentándose ante Ella le dijo: "Dios te salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre las mujeres... Sábete que has hallado gracia en los ojos de Dios. Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús; este será grande y será llamado Hijo del Altísimo". (Luc. 1, 26).

El generoso y humilde "Fiat" que María pronunció, tan esperado por la tierra, tan temido por el infierno y tan suave para el Cielo, obró el milagro portentoso; el Hijo de Dios en un acto de infinita misericordia

tomó nuestra carne para hacerse hermano nuestro. Y como antes pasarán los cielos y la tierra que dejar de cumplirse una sola de las palabras de Dios, las cosas sucedieron como estaban ordenadas, y Jesucristo nació de María en Belén de Judá.

La misión del Mesías no era otra que salvar a los hombres con el precio de su sangre; unirnos consigo de modo tan íntimo y tan misterioso que ya desde entonces no se puede entender al Hijo de Dios tan sólo como el Soberano que habita en las regiones inescrutables de los Cielos; como la Majestad ante quien tiemblan las mismas virtudes y potestades; sino también como al "Primogénito entre muchos hermanos" como aquél que a la cabeza de un ejército de redimidos porta el estandarte victorioso de la resurrección y la vida. El mismo Señor fue quien nos dio el derecho de hablar de tal suerte, pues próximo ya a su muerte y en los momentos en que de modo singular abrió a sus Apóstoles la ternura de su corazón, les habló así: "Vosotros ya estáis limpios a causa de las palabras que os he dicho. Permaneced en Mi y yo permaneceré en vosotros. Como el sarmiento no puede producir por sí mismo ningún fruto si no está unido con la vid, tampoco vosotros lo lograréis si no estáis unidos conmigo. Yo soy la vid y vosotros sois los sarmientos. El que permanece en Mi y yo en él, éste dará mucho fruto, pues sin Mi nada podréis hacer". (Juan 15, 1 y siguientes).

Cuando llegó la hora de levantar su corazón al Padre, de modo señalado, como Sumo Sacerdote, para rogar por los suyos que se quedaban en el mundo, clamó de esta manera: "Oh Padre, te ruego que así como Tú estás en mí y yo en Tí, así también ellos sean una misma cosa en nosotros... Yo estoy en ellos y Tú estás en mí, a fin de que sean consumados en la unidad... pero no ruego solamente por éstos, sino también por aquéllos que han de creer en mí". (Juan ..).

Y mucho antes había enseñado el Señor a sus oyentes esta lección hondamente consoladora: "Si alguno me ama, guardará mis Mandamientos, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos allí una morada". (Juan 14, 23).

Si hay una verdad en que el Señor insista de manera tan expresa en el Evangelio es la de la unión sobrenatural suya con todos sus hijos redimidos y santificados con su sangre. Y como temo fatigaros, no quisiera sino citar aquel pasaje tan conocido de todo cristiano, el relativo a la conversión de Saulo en el camino de Damasco, que nos refieren los Hechos de los Apóstoles: "Saulo riguroso y fanático miembro de la secta de los fariseos, se presentó un día al príncipe de los sacerdotes y le pidió cartas para Damasco, dirigidas a la sinagoga, a fin de traer presos a Jerusalén a cuantos hombres y mujeres hallase de esta nueva profesión. Caminando pues, a Damasco, ya se acercaba a la ciudad, cuando de repente lo cegó de resplandor una luz del Cielo, y cayendo vencido oyó una voz que le decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" "Quién eres tú, Señor", respondió Saulo; y la voz tornó a decirle: "Yo soy Jesús a quien tú persigues..." (Hechos, 9, 1 ss.).

Ya no hay, pues, distinción entre griegos y judíos, entre romanos y bárbaros; todos fuimos redimidos con el valor de la misma sangre y hemos logrado adquirir participación en la vida misma de Dios por medio de Jesucristo.

De esta altísima y consoladora verdad de nuestra incorporación a Cristo, de nuestra unión sobrenatural con El, se desprende la no menos hermosa de la maternidad sobrenatural de María con respecto a su Iglesia. Es lógico deducir que si Cristo es la vida de nuestra alma, y María es la Madre de Cristo, su maternidad para con nosotros es evidente, aunque es claro que María es Madre de Jesucristo por naturaleza, y lo es nuestra sólo por adopción; pero de todas maneras tenemos sobrados títulos para llamarla Madre, y esperar de Ella su protección misericordiosa.

El consentimiento que Dios exigió a María en el momento de la Anunciación, no era para desempeñar, como si dijéramos, un papel esporádico, de ser la Madre de Cristo en un momento determinado y nada más; tenía también el objetivo de asociarla de manera íntima y permanente a su vida y a su obra: a su vida visible e histórica, limitada por voluntad de Dios, a unos pocos años sobre la tierra; y después a su vida mística y sobrenatural que por medio de la Iglesia habría de prolongarse hasta más allá de los términos de los tiempos.

María entonces como Madre de Cristo por naturaleza, se unió a El llevándolo en sus entrañas, alimentándole de su mismo ser, cuidando y vigilando sus primeros pasos, compartiendo con El la pobreza, los trabajos y las fatigas, traspasando su corazón con las siete espadas de dolor durante la pasión y la agonía de la cruz; y finalmente, compartiendo también la gloria de la resurrección y el gozo de su triunfo sobre el demonio y el infierno. El Evangelio es muy parco en detalles de la vida de Nuestra Señora, pero los pocos que nos da son suficientes para hacernos comprender que Ella estuvo siempre junto a su Hijo en todos los momentos de su existencia.

Mas el Cristo visible debía abandonar la tierra para volver al Cielo según estaba escrito, una vez realizada la misión que le había sido encomendada en el mundo. Su obra, empero, tenía que permanecer aquí sobre la tierra, y ésta era su natural prolongación; quedaba el Cristo místico que debía atravesar etapas semejantes a las de su vida real. Debía tener también un nacimiento, una adolescencia, una vida de predicación, de apostolado, una etapa de grandes adversidades y agonías, y finalmente una era de victoria y de glorificación.

Menester era entonces que ese segundo Cristo tuviese también una Madre sobrenatural, y Dios se la dio precisamente en aquella mujer que tenía todas las más altas prerrogativas y perfecciones para ser la mejor de todas las madres. "María permaneció en la tierra después de la muerte de Jesús para presidir y cuidar el desarrollo de la Iglesia naciente. Esta se encontraba aun en la cuna y era por tanto natural que su infancia fuese lo que es la de todo ser, diminuto al principio y delicado. Era Ella el cuerpo místico de Cristo; pero frágil y débil como el de todo recién nacido. Sus miembros eran poco numerosos y sus órganos estaban todavía

en vías de formación. Ciertamente que el vigor de la vida que la animaba era intensísimo y la potencia radical de crecimiento y extensión, inmensa, más para que alcanzara adecuado desarrollo, era necesario extremar toda suerte de precauciones; tanto más cuanto que el cuerpo místico de Cristo debía crecer y perfeccionar su formación de la misma manera que su divina Cabeza, rodeado de hostilidad y de dificultades de todo género, y amenazado constantemente de persecución". (El Misterio de María. Bernard. Pág. 221).

Pero el oficio que debía desempeñar María en todo el decurso de la vida de la Iglesia era de importancia demasiado trascendental, y como los límites de la tierra son estrechos y mezquinos, a semejanza de su Hijo debía volar también al Cielo para seguir cumpliéndolo desde allí. Muy bien pudo pronunciar lo mismo que Cristo aquellas palabras a sus hijos: "Yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya, para que allí a donde yo voy vayáis también vosotros".

La historia antigua y moderna y los fastos más memorables de la Iglesia recuerdan los auxilios concedidos por María a los hombres, y las preces tanto públicas como privadas que éstos dirigieron siempre a la Virgen de los Cielos. De ahí esos excelentes títulos de Auxiliadora, Bienhechora y Consoladora de los cristianos, Reina de los ejércitos y Dispensadora de las victorias y de la paz con que siempre se le ha saludado. Baste recordar aquellos nefandos días en que los herejes albigenses, nacidos de la secta de los últimos maniqueos, llenaban el Mediodía de Francia y todos los demás países del mundo latino, llevando a todas partes el terror de sus armas y extendiendo por doquiera su dominación. Dios suscitó entonces al Santo de Guzmán que con la más acendrada devoción a la Virgen por medio del rosario, puso en fuga como con poderosa máquina de guerra a los enemigos y confundió su audacia y su loca impiedad. Y aquél otro portentoso acaecimiento de la victoria alcanzada sobre la escuadra musulmana, en las islas Echinadas, no lejos del Golfo de Corinto, obtenida por la patente protección de María, por lo que desde entonces fue apellidada María de las Victorias. Y asimismo los definitivos éxitos alcanzados sobre los turcos en Temesvar, Hungría y Corfú se obtuvieron en días consagrados a la Santísima Virgen y una vez terminadas las preces públicas del santo Rosario, causa por la cual desde entonces dicha devoción se extendió por mandato de los pontífices a la Iglesia universal.

Y podríamos seguir enumerando todos aquellos momentos de especial protección de María para con la Iglesia y con cada uno de sus hijos en particular. Pero ni el tiempo lo permite, ni con razón podría soportarlo vuestra paciencia. Y así prefiero suspender esta primera parte del tema y dejar más bien el estudio a vuestro fervoroso espíritu que por sí sólo lo explotará con más eficacia.

II

Si quisiéramos ahora preguntarnos por qué el Arzobispo Fray Cristóbal de Torres quiso de manera tan especial y señalada colocar su colegio bajo la protección de la Virgen Santísima del Rosario, la respuesta aparece tan clara y fácil que no exige esfuerzo el encontrarla.

Los claros ojos de vidente del Fundador penetraron por entre las densas nieblas del porvenir el destino que le estaba reservado a la Nueva Granada. Los hijos que ahora gobernaba espiritualmente, por su clara inteligencia, su docilidad para el bien, su nobleza de espíritu, ofrecían las más acariciadoras esperanzas para un futuro de grandes realizaciones.

¿Cuándo tendría lugar esa nueva era? Nadie podía preverlo con exactitud; pero lo cierto era que estas colonias daban plena garantía de que no estaban muy lejanos los años de su mayor edad, y era urgente entonces proveer a sus hijos de una esmerada y recia formación. Así como al hombre en particular, a los pueblos mismos debe encauzárseles por el camino de la verdad y acrisolar su voluntad en la práctica de la virtud, lo que equivale a decir, que deben proporcionárseles sanos principios que son bagaje de la mente, y un entrenamiento constante en los mismos, cualesquiera que sean los obstáculos y por grandes que aparezcan las adversas circunstancias. Algún notabilísimo formador de juventudes, de la época contemporánea, en su estilo poderoso y persuasivo, compara al hombre de carácter a un castillo secular que hunde sus cimientos en roca incommovible, y ve pasar y acabarse todo lo que es frágil y transitorio, y él en cambio permanece imperturbable ante la avalancha de los torrentes y la furia de las tempestades; y al hombre sin carácter lo asimila a la pobre veleta, sin consistencia en sí misma, que arrullada por la dulce caricia del aura, siempre se acomoda a la dirección de los vientos.

Pues bien, el previsor Fray Cristóbal tuvo desde el principio la voluntad firme e inquebrantable de fundar una Institución en que se formasen varones, en el sentido esencial del vocablo, ilustres por su ciencia y grandes por sus virtudes, a semejanza de aquel santo profeta del Viejo Testamento, del cual dice la Escritura Divina: "Scientia et sapientia inventae sunt in eo": "en él se dieron cita la ciencia y la sabiduría". La ciencia, cúmulo de conocimientos que entrelazados lógicamente y racionalmente entre sí, ponen al espíritu en posesión de la verdad; y la sabiduría, que es gusto y deleite nobilísimo que experimentan las almas superiores en el cumplimiento fiel de sus deberes. Varones de estas calidades debían formarse en el Colegio Mayor, porque tenían que echar sobre sí una ponderosa carga y una responsabilidad sin límites. Por eso la definición del Colegio que Fray Cristóbal puso al frente de sus Constituciones, a fin de que sus alumnos se penetrasen de ella desde el primer momento, fue la de "Congregación de personas mayores, escogidas para sacar en ellas varones insignes, ilustradores de la República con sus grandes letras y con los puestos que merecerán en ellas, siendo en todo el dechado del culto divino, y de las buenas costumbres, conforme al estado de su profesión".

Caballeros perfectos y perfectos cristianos debían ser, pues, los rosaristas. Así lo declaraba además el noble escudo que iban a ostentar sobre su pecho.

Ahora bien, ¿dónde encontrar esa perfección en lo humano y en lo divino, tan acabada y tan completa? Jesucristo es el único que con toda autoridad ha podido decir a los hombres: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". El objetivo del hombre no puede ser otro que llegar a conseguir

su felicidad perfecta en Dios. Así lo reconoce la santa Filosofía y así lo enseña la Teología: la razón y la fe. En el orden natural no puede ser objeto adecuado y supremo del hombre sino aquel ser que es capaz de ofrecerle una acabada perfección, y éste no es sino Dios, verdad indeficiente que sacia su razón y bondad suma que ofrece a su voluntad toda suerte de dichas. En el orden sobrenatural con más razón tiene que comprender nuestra mente que Dios es el único que puede constituir el fin último de nuestra existencia; la meta única de nuestra carrera; el blanco de todas nuestras aspiraciones; el tesoro anhelado de nuestra alma: "Haec est vita aeterna ut cognoscant te et quem misisti Jesum Christum". (Juan 17, 3.).

Medio óptimo para conocer e imitar a Jesucristo es precisamente la meditación fervorosa de los misterios de su vida que el santo rosario nos ofrece de manera tan sencilla y al propio tiempo tan sublime. El rosario, como lo indica su etimología, es una guirnalda de flores espirituales, un hermosísimo florón de místicas rosas formado con las oraciones más bellas que puedan recitar labios humanos: allí figura la oración por excelencia que el mismo Señor pronunció a sus Apóstoles cuando éstos le rogaron que les enseñara a orar; el saludo dirigido por el Mensajero celestial a María en el momento de la Anunciación; y al frente de cada serie de las anteriores oraciones, se ofrece un misterio o pasaje de la vida del Salvador. En resumen, es el rosario una plegaria no inventada por los hombres, sino enseñada por Dios, que ha hablado por sí mismo, por medio de un enviado suyo y por boca de su Iglesia.

Todas las edades y todas las situaciones humanas hallarán ciertamente en el rosario la adecuada lección y el modelo universal, al fijar la mente en Cristo. Se podrá encontrar allí al Señor recién nacido, que desprecia las comodidades y molice del mundo; que es presentado en el Templo y se confunde entre los niños para escuchar las lecciones de los Doctores de Israel. Cuál de nosotros no fue un niño inocente, con el corazón blanco como el de un ángel, con el alma transparente como obra salida de las manos de Dios? Y quién, después de más o menos años sobre la tierra, no ansía y necesita volverse niño delante de Dios, sencillo, humilde y dócil para dejarse guiar por El, para modelarse según su corazón a fin de recibir la exaltación y la gloria? También se nos ofrece a nuestra consideración a Cristo dolorido, varón de tribulaciones que sabe lo que es padecer, abandonado hasta de su mismo Padre, azotado, coronado de espinas, cargado con la cruz sobre sus hombros desfallecidos, clavado en el infame suplicio, y finalmente sepultado. Imagen de nuestra vida sobre la tierra que es valle de lágrimas y dolor. Existe acaso el mortal privilegiado que haya podido alcanzar la felicidad completa acá abajo siquiera por unos pocos segundos? Desde la pérdida del primitivo Edén hasta el fin de los tiempos, el hombre estará inexorablemente sujeto al sufrimiento. Si juntásemos todas las lágrimas y llantos que ha derramado la humanidad, podría formarse un océano que inundaría la tierra como un nuevo diluvio. El alma piadosa encontrará en el rosario un real consuelo, porque comprende que Cristo va delante de ella cargado con el madero de los más crueles padecimientos, santificando el dolor, y convirtiéndolo al mismo tiempo en corona de eterna gloria. Y finalmente en esa divina oración vemos a Cristo resucitado y glorioso el día de su triunfo

sobre la muerte y el pecado; glorificado el día de su Ascensión a los Cielos; como Dador del Espíritu Santo; Rey del cielo que recibe a su Madre en su Asunción y la corona como Soberana de todo lo creado. Quién no aspira a una resurrección en el Señor, después de la enfermedad y el dolor de la vida presente? Quién no desea subir con El al cielo, recibir fortaleza para luchar, el consuelo del Espíritu Santo para sentirse amparado; y finalmente cobijarse bajo el manto de María para subir con Ella a la gloria y coronarse de realeza sobrenatural? Habriase imaginado jamás una manera más perfecta de meditar en Cristo, de perfeccionarse, de hacerse semejante a El, que es el más hermoso de los hijos de los hombres y el templo en quien habita la plenitud de la divinidad?

Pero Fray Cristóbal sabía muy bien, como hijo excelente y aprovechado de Santo Domingo, que a Jesucristo no se llega sino por medio de María, y por tal motivo presentó al Divino modelo no en Sí mismo para que sus hijos no se sobrecogiesen de temor, sino en los brazos de su Madre, para infundirles arrestos de confianza y resolución. Por tal motivo consideró a su "Bordadita" como el don más preciado de su vida, y así una vez que hubo recibido la bellísima imagen, de manos de la reina de España, su antigua hija espiritual, la colocó en el altar mayor de la capilla, para que desde ese trono presidiese la vida del Colegio. Allí ha quedado desde entonces como Reina y como Madre, con el cetro de su poder en una mano, y en la otra el libro de la vida por excelencia, Jesús, en actitud de ofrecerlo a sus hijos para que ellos a su vez lo estrechen contra su corazón, aprendan a conocerlo y amarlo y se hagan una sola cosa con El. Ostenta también en sus manos la enseña del Rosario que es escala de oro que nos conduce a Cristo. El manto de esta Señora es amplio y dilatado como para hacernos comprender que en él podemos recoger nos protegidos por su maternal providencia. Sus pies tocan el mundo, pero los ángeles forman su peana, para significarnos que, aunque estamos en un mundo de abominación y pecado, debemos pasar por él sin manchar nuestra alma, como los ángeles de Dios que aunque ven la maldad nunca se contaminan con ella. Su mirada es tan dulce y consoladora: Al poner nuestros ojos en los suyos cómo se siente el alma iluminada, cómo se purifica la conciencia, se mitigan los remordimientos del pecado, cómo se entrevén las hermosas claridades de lo eterno.

Su faz dulcísima infunde tales ternuras que se siente la necesidad de derretirse en lágrimas de celestial deleite. Su cabeza coronada de luceros nos recuerda que en la vida futura todos sus hijos fieles alrededor de su trono resplandeceremos de gloria formando su corona y su esplendor.

Ante esta misma imagen oró el colegio naciente para pedirle sustento y sabiduría: él también como Cristo, debía "crecer en sabiduría delante de Dios y de los hombres"; aquí se postraron los quince primeros colegiales que constituían "todo lo más esclarecido en nobleza de Santa Fe de Bogotá y del Nuevo Mundo"; aquí se hincó de hinojos don Cristóbal de Benegas de Torres, el que mereció el honor insigne de primer colegial; don Jerónimo Berrío, hijo del propio Corregidor de la muy noble ciudad de Tunja, y el que más largo tiempo había estudiado artes y Teología; don Fernando de Mendoza, talento incomparable, claro timbre de pulcritud mental y, primer lector de las aulas rosaristas; y así mismo postráronse los demás colegiales, todos ilustres por su ciencia y su virtud.

En los días dolorosos y cruentos de la Patria lloraron también en silencio y pasaron sus últimos instantes los mártires rosaristas que aprendieron en el Colegio a cumplir su deber aun a costa de la misma vida; parecemos escuchar todavía las fervorosas preces de Caldas, Villavicencio, Rodríguez Torices y demás compañeros, en la víspera de su muerte, y la humilde confesión de sus pecados a los pies de su querida "Bordadita", a la que dieron su último adiós sobre la tierra, para encontrarla en persona aun más bella y maternal horas después en el Cielo.

Allí aprendieron su sabiduría Mutis, Eloy Valenzuela, Caldas, Pedro Fermín de Vargas y Sinforoso Mutis; supieron ser verdaderamente grandes Girardot, D'Eluyar y Camilo Torres; generosos sin ostentación Tadeo Lozano y Castillo y Rada; Domingo Caycedo a ser prudente y discreto en grado sumo como para gobernar hasta por siete veces la República; y muchos más en número incontable a ser insignes ilustradores de la Patria.

En todas las etapas de su vida, en su nacimiento, en la adversidad, como también en los largos períodos de triunfo y glorificación que hoy perduran, el Colegio del Rosario ha tenido una sola Maestra y una sola Madre. "A su protección singular y a su inefable misericordia, como se le reza todos los días, se acogen confiadamente sus hijos; le encomiendan sus estudios y lecciones, sus angustias y esperanzas, sus vidas y el término venturoso de ellas, su suerte en el tiempo y su destino en la eternidad".

No os parece, señores, genial e inspirada la idea del santo Fundador, al colocar su obra bajo el amparo y protección de la Virgen del Rosario?

Pasarán los años y los siglos y este Colegio Mayor así salvaguardado seguirá siendo el hijo predilecto de la Virgen, imagen fiel de Jesucristo, templo que la Sabiduría edificó para sí, en fin, Institución indefectible, porque está tocado de vida ultraterrena.

NOTAS DE LA REDACCION

Lamentamos sinceramente no poder publicar en esta edición, el discurso pronunciado por el doctor Manuel Mosquera Garcés, en el homenaje que el M. I. Señor Rector, los Consiliarios y el Claustro, ofrecieron al Excelentísimo Señor Presidente de la República, Teniente General Gustavo Rojas Pinilla, Patrono del Colegio, por no habernos sido posible obtener de su autor el original correspondiente.

Presentamos nuestro reconocido agradecimiento al señor doctor Guillermo Hernández de Alba, Colegial Honorario y Cronista de este Colegio Mayor, quien en su carácter de Director de la Biblioteca Nacional se asoció a las festividades Tricentarias, organizando un ciclo de conferencias, cuyos textos transcribimos a continuación, a cargo de los directores de los Institutos de Alta Cultura del país, Doctores:

Belisario Ruiz Wilches, Director del Instituto de Ciencias Exactas.

Carlos Holguín Holguín, en nombre del Rector de la Universidad Nacional.

Miguel Aguilera, Presidente de la Academia Colombiana de Jurisprudencia.

Rafael Torres Quintero, en nombre del Director del Instituto Caro y Cuervo.

Alvaro Sánchez, a nombre de la Academia Colombiana de la Lengua.

Rafael Azula Barrera, Director del Instituto de Cultura Hispánica, a quienes agradecemos sinceramente su gentil colaboración en esta gloriosa efemérides.